

DIARIO DE UN INVADIDO

C. CARRADOS

Estamos siendo invadidos.

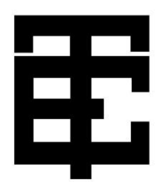
Lo peor de una invasión, con ser ésta mala ya en sí misma, no es la llegada de extraños a nuestro planeta, sino la forma en que llegan y, peor todavía, que nadie lo crea ni nadie le haga caso a uno. Que me tomen por loco, en suma, cuando lanzo a los cuatro vientos mi fúnebre anuncio:

¡Nos invaden!

Pero ¿quiénes son los invasores?

Ah, eso no lo sabemos todavía.

¿Y sus intenciones?



Clark Carrados

Diario de un invadido

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 360

ePub r1.0
LDS 08.04.19

Título original: *Diario de un invadido*
Clark Carrados, 1965
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



DIARIO DE UN INVADIDO



CAPÍTULO PRIMERO

Día 9, mes III, año 16 873.

Estamos siendo invadidos.

Lo peor de una invasión, con ser ésta mala ya en sí misma, no es la llegada de extraños a nuestro planeta, sino la forma en que llegan y, peor todavía, que nadie lo crea ni nadie le haga caso a uno. Que me tomen por loco, en suma, cuando lanzo a los cuatro vientos mi fúnebre anuncio:

¡Nos invaden!

Pero ¿quiénes son los invasores?

Ah, eso no lo sabemos todavía.

¿Y sus intenciones?

Desconocidas, por el momento, aunque fácilmente presumibles: conquistar y dominar nuestro planeta.

¿Qué formas adoptan?

Las corrientes. Cualquiera puede ser un invasor. Usted mismo, su vecino, el locutor que emite las noticias por TV, el encargado de una estación detectora, el oficial de control de los caminos deslizantes… Yo mismo podría ser un invasor, si no fuera porque he nacido aquí, me he criado y educado como un habitante de este planeta y, en fin, estoy dispuesto a defenderlo de sus enemigos exteriores hasta la última gota de mi sangre.

Mis voces de alarma caen en el vacío. Mi clamor se pierde en el desierto de la incomprensión, cuando no en el de la burla y el desprecio.

Caminamos hacia la catástrofe, pero parece como si a todo el

mundo le gustase dirigirse hacia su propia ruina.

Ya lo verán cuando «ellos» estén aquí y dominen nuestro planeta, nuestras ciudades, nuestras fábricas, nuestros campos… nuestras astronaves… nuestras personas…

No temáis al enemigo que está fuera, sino al que ya está dentro, reza un antiguo proverbio. Pero este consejo, que tiene miles de años de existencia, ha sido olvidado por completo.

La gente ríe y goza, se divierte y disfruta. Olvidan el peligro… si es que alguna vez han tenido conciencia de él.

Y yo aviso, pero es en vano.

No importa, insistiré hasta ser creído.

Día 11-III-16 873

Ayer di una conferencia ante un grupo de estudiantes, en el Forum de la Universidad Central. Hablé sobre la invasión. Me silbaron, se rieron de mí. Un fruto podrido se estrelló contra mi pecho.

El escándalo resultó inenarrable.

Como consecuencia de ello, el Rector me llamó a su despacho. Rescindió mi contrato profesoral.

—Lo siento mucho, profesor Kittum —me dijo—. Después de esto, comprenderá que no puedo mantenerle en el cuadro de profesores.

—Por supuesto —respondí cortésmente, aunque por dentro hervía de ira—. Su decisión no me extraña en absoluto; desde hace mucho tiempo, le conozco como adversario de mis doctrinas.

—Que son disolventes y funestas para la comunidad de profesores y estudiantes —dijo secamente—. Eso es todo. Puede pasar por caja, donde le serán abonados todos sus devengos, más los seis meses reglamentarios en concepto de indemnización por despido.

No tenía nada que objetar a tal decisión y me limité a asentir. Un hombre puede luchar contra un muro de piedra. Con el tiempo, aunque no tenga más herramientas que sus propias manos, puede derribar ese muro.

Pero el muro de la incomprensión es indestructible. Y mis

compatriotas no quieren comprenderme.

Día 13-III-16 873.

Salgo a la calle. Soy un profesor sin trabajo. En mi tarjeta personal llevo las circunstancias de mi situación actual. Teóricamente, poseo el dinero suficiente para vivir seis meses. Por tanto, la Policía no me molestará. Pero, pasado ese plazo, si no he encontrado un trabajo adecuado, se me considerará como vagabundo y podré ser enviado por un juez cualquiera a la isla de Neffries, en donde se concentra a todos los vagabundos.

Triste final para un profesor de Historia Estelar.

Un voceador anuncia los periódicos recién salidos. Tras él, en un enorme pizarrón, aparecen las noticias más interesantes para llamar la atención del público, desapareciendo al momento para ser sustituidas por otras. Pero sólo se dan, repito, las de mayor interés. El noticiario general en todas las ramas y actividades, así como los informes sobre deportes, economía, etc., figuran en el resto del periódico.

Entrego un sueldo. El vendedor me entrega un minúsculo rollito de telefilm, que no tiene más de cinco centímetros por uno de grueso.

Entró en un café. Pido una copa de vino gaseoso. Sobre la mesa hay un proyector.

Inserto el rollo de telefilm en la ranura correspondiente. Presiono el mando de *noticias locales*.

Las… tonterías de costumbre van desfilando ante mis ojos. Ah, ahí está la noticia de mi despido.

«Ayer, tras el escándalo producido por su conferencia, el Rector Hossi citó en su despacho al profesor Yon Kittum, encargado de la cátedra de Historia Estelar, y rescindió su contrato…

»El profesor Kittum sostiene la peregrina teoría de que nuestro planeta está siendo invadido por una raza extraña, de seres morfológicamente idénticos a nosotros, quienes pretenden dominamos y subyugarnos…».

Cierro el contacto con un gesto de rabia. La pantalla se apaga en el acto.

¡Estúpidos!

Despacho el vino de un solo trago. A pesar de todo, no puedo por menos de sonreír cuando recuerdo la cara que puso el Rector Hossi en el momento en que le pregunté:

—¿Es usted también un invasor?

Sería para revolcarse de risa por el suelo, si no fuera porque se trata de un drama: no del drama de la invasión en sí, sino del drama de la ceguera.

Sí, porque todos están ciegos voluntariamente.

¿Qué hacer para llamar su atención?

La noticia está perdida en un párrafo de informaciones y no resalta apenas. Si consiguiera que se hablase más de mí… y en un tono más alto.

Ya está. Por fin he hallado la solución.

Los diarios hablarán de mí. Las autoridades, ante el escándalo, tendrán que tomar cartas en el asunto. Se producirá un ruido mucho mayor… algo tendrán que hacer, cuando la opinión pública empiece a presionar.

Día 15-III-16 873

La gente me mira como un loco al pasar por su lado.

Es lógico. Llevo una pancarta, hecha de una tabla ligera y rígida, pintada de blanco y, sobre esa superficie lisa, he escrito un gran aviso:

¡Guardaos del enemigo que nos invade!
¡«Ellos» vienen de otro planeta! ¿Consentiréis la invasión?
¿Entregaréis en sus manos el preciado tesoro de nuestra civilización? ¿Dejaréis que los invasores se apoderen de vuestras esposas, de vuestras madres, de vuestras hijas?
¡Alerta ante la invasión de otros mundos!

Desfilo por un par de calles, solo, sin pestañear, soportando estoicamente la curiosidad cuando no la burla de mis semejantes.

Un guardia se me acerca. Balancea la porra de modo

amenazador.

—¿Tiene permiso para llevar ese cartel? —me pregunta.

—Mi permiso está concedido por el peligro que nos amenaza —respondo con energía.

—Bien, bien —dice el guardia en tono en apariencia benigno.

Pero, de repente, sin previo aviso, lanza la porra contra mí.

Estaba preparado y ladeo el cuerpo, esquivando el golpe. Pero la acción del agente me ha enfurecido y, sin poder contenerme, le golpeo con la pancarta en medio de la cabeza.

El tablero salta en astillas. La gente grita, huye, se acerca, se arremolina… El guardia grita mientras se esfuerza por incorporarse.

Empiezo a darme cuenta de que he cometido una solemne estupidez. Mi sangre ardiente me ha traicionado.

Quiero arreglar las cosas lo mejor posible. Alargo la mano al guardia para ayudarle a incorporarse. El guardia saca su paralizador y dispara contra mí.

—¡Cerdo! —le oigo decir, un segundo antes de desplomarse al suelo, incapaz de mover siquiera las pestañas.

Los efectos de la pistola paralizadora no durarán mucho; sólo lo justo para que el guardia pueda llamar a su sección y ordenar que traigan un coche policial para llevarme al encierro. Pero mientras tanto, furioso por el «pancartazo» que le arreé, decide desquitarse y me patea las costillas. No siento nada; solamente soy un corcho con figura humana.

CAPÍTULO II

16-III-
16 873.

Estoy tendido en el camastro de una celda.

Ayer, a poco de encerrarme, vino el médico y me reconoció. Total, dos costillas fracturadas. Me puso un vendaje compresivo en torno al tórax, me dio un calmante para los dolores y se marchó.

El juicio será hoy. Aquí, las cosas de la justicia —que se haga o no justicia ya es cuenta aparte—, van rápidas. Ignoro la pena que me será aplicada.

El tiempo pasa lenta, interminablemente. La estancia en esta celda, desprovista de todo, salvo de los elementos indispensables a las necesidades cotidianas, se hace muy tediosa.

Trato de distraerme. Procuro evocar pasajes de mi vida anterior.

Regreso a la niñez. Siento mi mano en la de mi padre.

Le quería mucho. Para mí, fue siempre un hombre serio, recto y ponderado, amante de los suyos y, sobre todo, de su esposa, mi madre.

Recuerdo a mi madre como una mujer hermosísima. Murió siendo yo bastante pequeño; tendría cinco o seis años. Sonreía siempre cuando veía a mi padre, pero en la expresión de su bello rostro latía siempre una nota melancólica, algo así como un toque de nostalgia por algo que nunca pude averiguar. ¿Echaba de menos a algún familiar? Algunas mujeres, al casarse, soportan mal la ausencia de sus parientes más directos, pese al amor que pueda profesarles el esposo. No sé si mi madre se hallaba en unas circunstancias semejantes; jamás supe nada al respecto.

Cuando murió, mi padre se encerró en su pena. Ya no quiso casarse.

Sin inmodestia, creo que, de no haberme tenido a mí, la vida se le habría hecho insoportable. El hecho de estar yo a su lado fue lo que le infundió el valor necesario para seguir adelante.

Mi padre fue el primero que me habló de los invasores.

Recuerdo aquel día como si fuera hoy mismo. Tenía diez años entonces.

Mi padre me llevó muy lejos de la ciudad. Utilizó su aeromóvil, vehículo que usaba en muy raras ocasiones, pese a que a mí me encantaba ver la tierra a miles de metros más abajo y observar el desfile vertiginoso de las nubes por debajo o a ambos lados del aparato.

Al fin, tras varias horas de viaje, nos detuvimos en una inmensa llanura desértica, árida, desolada, calcinada por los rayos solares. En el centro vi yacer una inmensa mole metálica.

El metal brillaba como si acabara de salir de la fundición, recién pulido. Quise acercarme, pero mi padre no me lo permitió.

—Ahí vinieron los invasores, Yon —me dijo.

—¿Invasores? ¿Qué son invasores? —pregunté.

—Unos seres que vinieron de otro mundo infinitamente lejano —me respondió.

—¿Y se marcharon después de invadirnos?

Mi padre titubeó unos instantes.

—Sí —contestó al cabo.

—Pero… ¿qué pretendían? ¿Querían hacernos daño?

—No lo sé. Nosotros sí les hicimos daño. Juraron volver un día y arrasar nuestro planeta.

Esta conversación me afectó muchísimo. Ya veía venir a los invasores, montados en sus veloces astronaves y disparando terribles rayos que fundían las ciudades como si fuesen de mantequilla, abrasando a sus moradores. Luego, celebraban báquicas fiestas sobre nuestras ruinas y danzaban pateando los ennegrecidos cadáveres de mis compatriotas. Así imaginaba yo a los invasores… pero, además, con formas fantásticas: cuerpos altísimos, con diez brazos, cuatro piernas, seis ojos.

Se lo pregunté a mi padre y contestó:

—No. El día en que lleguen, vendrán y no nos enteraremos hasta

que sea demasiado tarde. Son… serán seres como nosotros, como tú y como yo… Se infiltrarán insidiosamente en las ciudades, en las centrales de energía, en los altos puestos ministeriales; dominarán los lugares claves… y un buen día nos enteraremos de que ya no mandamos nosotros, sino «ellos». Y haremos su voluntad.

Por aquel tiempo, tenía una profesora de letras bastante gruñona.

—Traerán mujeres profesoras —se me ocurrió decir.

—También, pero no se limitarán sólo a la enseñanza. Serán muy hermosas y… ¡Ejem, ejem! Eres muy pequeño ahora y no puedes comprender lo que harán esas mujeres para dominar a algunos de nosotros.

La conversación que sostuve con mi padre, hacía ya un cuarto de siglo, se grabó de modo indeleble en mi cerebro. No la olvidé jamás.

Tanto fue así que, cuando pude hacerlo, tomé un día el aeromóvil de mi padre y volé a aquel desierto. Quería ver la nave de más cerca, escudriñar sus misteriosos mecanismos, saber qué clase de aparatos usaban los extraños seres que un día vendrían a invadimos.

Aunque no recordaba el trayecto seguido, me fue fácil hallarlo. En el archivo mecánico del aeromóvil se guardaban todos los viajes realizados por el mismo. Bastó que consultara el indicador correspondiente y solicitara la respuesta adecuada, para que, tras algunos tanteos —como puede comprenderse, no recordaba la fecha exacta—, hallara el rumbo requerido.

La nave no estaba ya.

Habían transcurrido ocho años desde entonces. No había el menor rastro del aparato. El sol del desierto y las tormentas de arena habían alisado el suelo. Para convencerme a mí mismo de que no había error posible, realicé una amplia exploración. El resultado fue negativo.

Aquélla fue la primera vez que oí hablar de los invasores. La segunda…

La puerta se abre bruscamente, cortando en seco mis evocaciones.

Un guardián se recorta en el umbral. Mueve la mano.

—Salga —ordena parcamente.

Me pongo en pie y le sigo. Caminamos a lo largo de un corredor,

brillantemente iluminado, pero tétrico más que nada, por la fría desnudez de sus paredes, en las que el único accidente son las puertas de las otras celdas semejantes a la mía. ¿Quiénes yacen al otro lado de esos mamparos blindados? Imposible saberlo ni, por otra parte, me importa demasiado.

Un ascensor nos conduce directamente al tribunal. Dado que el mío es un delito menor, el juicio será breve y, además, en privado.

Sólo estamos el guardia, yo… y el juez.

Es una mujer. Joven, hermosa, de cabellos bruñidos, que parecen hechos de hilos metálicos, como de bronce. Las severas ropas gris acero que viste no alcanzan a ocultar la riqueza de sus formas compactas en un cuerpo esbelto, de elevada estatura. Tendrá unos veinticinco años, calculo.

—Comparece el acusado, Señoría —dice mi custodio.

La juez me mira. Sus ojos tienen él mismo color de su toga. Permanece impasible.

—Soy el juez Wianna Zolder, encargado de juzgar su caso —dice con voz sosegada, de grato timbre—. Ahorremos trámites, puesto que sabemos perfectamente lo que ocurrió. ¿Se declara inocente o culpable, ex profesor Yon Kittum?

La palabra «ex profesor» me golpea el pecho con la fuerza de un puñetazo.

¿Qué puedo contestar? Pegué al guardia, es verdad.

—Culpable —digo.

—Gracias —responde el juez—. Esto hará mucho más fácil mi tarea… y su pena será más leve. Por la primera vez, seré comprensiva; la ley me autoriza a ello.

—Gracias, Señoría —contesto.

—Está acusado de dos delitos: propalar noticias tendenciosas y agredir a un funcionario del orden, en el cumplimiento de su misión. Por el primero, le impongo quinientos sueldos de multa. Por el segundo, dos mil. El guardia le presentará a la firma un documento, autorizando a este Tribunal a retirar el dinero de sus fondos bancarios. En ese momento, quedará en libertad. La audiencia ha terminado.

Se pone en pie. Aún es más alta de lo que parecía.

Me dirige una breve pero inquisitiva mirada y luego se marcha por una puertecita lateral. El guardia y yo quedamos solos.

Una mano me toca en el hombro.

—Vamos —dice el guardia.

A la caída de la tarde, quedo en libertad. Regreso a mi casa.

¿Qué haré ahora?

De nada sirve preocuparse esta noche por un futuro que se presenta más que incierto. Me dirijo a la cocina y me preparo la cena, marcando en el indicador de alimentos lo que deseo comer. Luego presencio una retransmisión deportiva a través de la TV y al terminar, me acuesto.

22-III-
16 873.

Las multas representaban medio mes de sueldo. Tendré que ir pensando en buscar trabajo. No quiero ir a parar a Neffries, con los vagabundos.

Mi padre me ha llamado hoy. Está en las antípodas, realizando unos trabajos para el gobierno. La noticia de lo ocurrido le ha llegado, aunque con algún retraso. Me pregunta si necesito ayuda.

Contesto negativamente. Tendrá ahora unos sesenta años, pero se conserva fuerte todavía. Apenas si hay en su cabello algunas hebras blancas. ¡Un hombre magnífico!

—Olvida esas locas ideas de la invasión extranjera —me aconseja al finalizar nuestra conversación.

¡También mi padre!

Corto la comunicación de mal humor. «Ellos» ya están aquí.

No pueden ser muchos aún. Podríamos derrotarles fácilmente antes de que se hiciera demasiado dura la empresa. Si pudiera convencer a la gente de que…

Llaman a la puerta.

Abro. Es un hombre.

Tiene unos cuarenta años, estatura regular y su rostro, de nariz aquilina, posee una expresión astuta y perspicaz.

—¿Profesor Kittum?

—Ex profesor, si no le importa —respondo—. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Rakael Orten, informador.

—Informador… ¿de quién? —preguntó con recelo.

Orten sonríe. Saca una tarjeta del bolsillo y me la enseña.

—Periodista. No tema; no pertenezco a la policía secreta.

Levanto los hombros.

—Si lo fuese, no me lo diría —le digo—. Entre. ¿Vino?

—Gracias. Una copa de semiespumoso.

—Serán dos —digo.

Sirvo el vino. Orten levanta su copa.

—A la salud de los invasores —dice.

Bebe. Yo también.

—La broma no tiene gracia —rezongo entre dientes.

Impasible, Rakael Orten extrae de su bolsillo una micrograbadora y la pone en funcionamiento.

—Profesor Kittum, ¿qué tiene usted que manifestar acerca de esa supuesta invasión por seres procedentes de otro planeta de la Galaxia? —pregunta.

Ésta es la ocasión que buscaba. ¿No quería publicidad?

Pero una extraña premonición, una especie de sexto sentido me dice que Orten no es trigo limpio.

Quizás es un invasor. En tal caso, es fácil imaginarse sus intenciones.

—No tengo nada que comentar —respondo. Le agarro por un brazo y lo planto en la puerta.

—Oiga… —protesta.

Le doy con la puerta en las narices. ¡Al diablo con los periodistas… invasores!

CAPÍTULO III

28-III-
16 873.

Sigo sin encontrar trabajo. La enseñanza, que es prácticamente lo único que sé hacer, me está vedada. El tiempo pasa.

No me gustaría acogerme a la protección de mi padre. ¡Diablos! A fin de cuentas, son treinta y cinco años los que tengo y debo ser capaz de desenvolverme por mí mismo. Aún tengo algunos meses por delante y algo encontraré en el ínterin.

Llaman a la puerta. Extraño.

Antes, solían venir algunos de mis discípulos. Conversábamos sobre temas de mi profesión y organizábamos algunas veladas muy agradables. Ahora, no; desde que me despidieron, deben considerarme como un apestado, máxime si se tiene en cuenta mi incidente con el guardia, que habrá sido objeto de innumerables comentarios en los pasillos y en el césped de la Universidad.

Me cuesta dominar mi asombro al ver al juez Zolder en la puerta. Ella sonríe de manera agradable.

Ahora no viste la toga judicial, pero no por ello está menos encantadora. Es joven y le gustan los trapos. Una blusa de color azul pastel y una falda que queda a diez centímetros de las rodillas. Como es tan alta, el tacón de sus sandalias —una suela y dos tiritas — es de un par de centímetros solamente. En su muñeca izquierda, un reloj de platino y, pendiente del cuello, descansando sobre su esbelto seno, un gran medallón, insignia de su rango.

—¿Puedo entrar? —pregunta.

—Claro.

Me echo a un lado. Ella cruza el umbral.

—Mi visita es semioficial, profesor —declara, mientras cierro.

—Usted dirá, Señoría.

—Por favor, Wianna a secas. Ahora no estoy en el tribunal —sonríe encantadoramente—. ¿No me ofrece nada de beber?

—Vino —sugiero.

—Magnífico.

Se sienta en un diván. Cruza las piernas.

—Deseo hablar con usted acerca de esa supuesta invasión extraplanetaria —manifiesta, mientras vierto el vino en su copa.

—¿Con qué objeto?

—Información particular. Si procede, la elevaría al rango de oficial —responde, tomando la copa que le ofrezco.

—Como no me van a creer, lo mismo da —respondo. Me siento en el brazo de un sillón frente a ella—. Estamos siendo invadidos. Es todo cuanto puedo decirle.

—¿Por qué y quiénes son nuestros invasores, Yon?

—Las causas son fáciles de adivinar: conseguir el dominio de nuestro planeta.

—¿Y la identidad de nuestros invasores?

—Salvo que tienen nuestra misma figura, no puedo decir nada más. Ni siquiera el lugar exacto de su procedencia.

—Pero sus afirmaciones tendrán alguna base en la cual apoyarse —alega Wianna.

—En efecto —respondo.

—¿Quiere exponerme sus… llamémoslas pruebas, Yon?

—Con mucho gusto —respondo.

Tomo un sorbo de vino. Sigo hablando:

—Como profesor de Historia Estelar, hacía investigaciones relacionadas con mi especialidad. Un día, estudiando ciertos documentos de la cátedra de Astronomía, encontré la noticia del paso de una nave no identificada por las inmediaciones de nuestro mundo.

»Cuando tenía diez años, mi padre me enseñó una nave que, según él, había llegado de otro planeta, transportando a lo que pudiéramos llamar una sección exploradora de los invasores. Ellos, sin embargo, no nos hicieron daño. Nosotros, sí, siempre según mi padre, claro. Se marcharon, jurando volver un día y arrasar el

planeta.

»Recordé esto el día en que encontré la noticia del paso de esta nave no identificada. Entonces, me puse a investigar.

»Sería enojoso relatar paso a paso cada una de mis pesquisas. Pero estoy en situación de afirmar lo siguiente:

»Aparte de la nave que yo vi con mis propios ojos, se señaló el paso de otra el veintiséis del mes cuarto de 16. 840. El 2-V-
16 842,
una nave extraña tomó tierra en nuestro planeta. Desembarcaron varios de sus tripulantes, hicieron una corta exploración de pocas horas y luego se marcharon.

»El 30-XII-
16 849
se vieron dos naves juntas, volando a baja altura, cuatro o cinco mil metros, sobre nuestro planeta. Fíjese bien en que digo "se vieron", no "se detectaron". Las naves no tenían la forma habitual nuestra y, además, su vuelo no estaba registrado…

»Bien, seguiría hablándole así durante horas y relatándole fechas y lugares donde se vieron naves y tripulantes. Sí, seres como nosotros, como usted y como yo, porque también se vieron mujeres. Y no eran de nuestro mundo, porque no hablaban nuestro idioma, aunque usaban una traductora automática para entenderse con las personas a quienes se dirigieron en busca de informes. Éstos son hechos comprobados escrupulosamente… y ocultados al público con no menor escrupulosidad.

—¿Y por qué se han callado tales sucesos? —pregunta Wianna.

—Para evitar la psicosis de pánico que se produciría inmediatamente si se hiciera pública semejante noticia —respondo sin vacilar.

—Es posible —concuerda ella en tono pensativo—. Pero, dígame, Yon, ¿no cree usted que el gobierno ha puesto ya los medios suficientes para evitar la invasión?

La miro fijamente durante algunos momentos.

—Cada vez que ha aterrizado aquí una nave, se quedaron algunos de sus tripulantes. Como su figura es idéntica a la nuestra, han pasado desapercibidos… y siguen pasando y, cada día, escalando nuevos puestos, hasta que dominen todos los puntos claves del planeta. Ese día nos dormiremos libres y despertaremos

esclavos.

—Pero usted dijo antes que los primeros que aterrizaron, se marcharon prometiendo volver y arrasar el planeta —alega Wianna.

—¿Y dominamos a todos nosotros, no es hacer tabla rasa de cuanto somos y valemos en la actualidad? —exclamo—. Aquellos extranjeros —agrego—, pudieron mencionar la palabra arrasar, en un momento de cólera. Pero luego su gobierno opinaría que más que destruir un mundo, con los riesgos inevitables que esto pudiera suponer para los atacantes, daría mejor resultado su ocupación… una ocupación lenta, insidiosa, insensible… de la que, cuando queramos damos cuenta, ya será demasiado tarde.

—Entonces sólo falta distinguir a los invasores de los nativos para cortar su ataque en flor, si la frase puede expresarse en estas circunstancias.

—Así sería, de no ser por una dificultad insalvable.

—¿Cuál? —inquiere ella.

—Que no sabemos quiénes son, porque —sonrío—, incluso usted misma puede ser una invasora.

—No lo dirá por lo bien que le traté durante el juicio —contesta Wianna—. Conoce la ley lo suficiente para saber que pude aplicarle una pena más severa.

—Eso es cierto, pero también pudiera ocurrir —dando por sentado que fuese usted una invasora—, que, por el momento, empleen la táctica de hacerse agradables a nosotros, los nativos, a fin de adormecer nuestra vigilancia.

—Conforme. Pero, a pesar de todo, me gustaría tener alguna prueba más tangible de que ya tenemos invasores entre nosotros. ¿Puede facilitarme una tan sólo, Yon?

—Sí —contesto sin la menor vacilación—. Mi detención es la prueba que usted me pide.

—¿Cómo? ¡Pero si usted golpeó…!

—Lo sé. Ese hecho, golpear al guardia, es cierto y no lo negaré. Pero nunca hasta ahora había sido ilegal pasear pancartas de tipo digamos político, atacando al gobierno o a determinado personaje público, siempre que no se llegase al insulto personal, claro. Ese derecho que teníamos ha sido suprimido de golpe y porrazo… El guardia me pidió el permiso para llevar la pancarta. No lo tenía y por eso me atacó y yo le respondí. ¿No se da cuenta de que la

supresión de ese derecho, en apariencia intrascendente, es el primer paso para la supresión de otros de muchísimo valor para los habitantes de este planeta?

Wianna se queda muy pensativa durante unos momentos. Parece que mis palabras le han causado efecto.

—Estudiaré de nuevo la disposición legal en que se basó la acción del guardia —asegura—. No obstante, a mí no me parece una prueba demasiado concluyente de lo que usted afirma, Yon.

—Cada uno tiene su punto de vista particular, Wianna.

—Es posible —sonríe levemente. Se pone en pie y me alarga la mano. Es fina, cálida, de firme tacto—. Volveremos a vernos, Yon —asegura.

—Gracias, Señoría.

La acompaño hasta la puerta.

Se vuelve y me mira.

—No cometa más imprudencias, Yon. La próxima vez no podría ser tan… indulgente o bien encontraría otro juez más severo que yo.

Le devuelvo la mirada.

—Gracias por su buena disposición —dijo—. Pero es difícil hacer cambiar de pensamiento a una persona, sobre todo cuando ésta tiene de su parte la razón y habla con la verdad en los labios.

Wianna no contesta y sale.

Vuelvo dentro. Me sirvo otra copa de vino y lo paladeo lentamente.

Si hubiera algún medio de detectar a los invasores…

Si fueran de una raza distinta, con alguna característica peculiar que, aun enmascarada de momento, pudiera ser puesta de relieve en algún instante… Pero no; son como nosotros. Como usted y como su vecino, como cualquiera de las personas con las cuales nos cruzamos en la calle; con sus mismos rasgos fisonómicos —en general, se entiende—, su misma sangre, su mismo metabolismo… idénticas funciones fisiológicas en todo y cualquier momento…

No son monstruos extraños, con propiedades polimórficas, esto es, que puedan adoptar las más variadas formas a voluntad. No son de esa clase de seres, a los cuales se puede combatir mediante la administración de tal o cual droga que les haga recobrar en el acto su forma física natural. En tal caso, poseeríamos una gran ventaja sobre ellos y acabaríamos por derrotarles indefectiblemente.

Pero ¿cómo luchar —y vencer, claro— contra unos seres en absoluto idénticos a nosotros?

Sólo se diferencian en una cosa; sus ansias de dominio de nuestro planeta.

Y si las gentes no están alerta, acabarán por conseguir sus siniestros propósitos.

CAPÍTULO IV

2-IV-
16 873.

Creí que Wianna volvería a verme.

No ha sido así y me he sentido un tanto defraudado.

Bien, ya lo dijo ella: era una investigación semioficial. Habrá emitido su informe y ya no se preocupará más de mí. No puedo remediarlo.

Me visto. Desayuno. Saldré a comprar el periódico; es hora de que empiece ya a ver las ofertas de trabajo. Alguno habrá para un ex profesor de Historia Estelar.

Cuando me dirijo hacia la puerta, suena el timbre de llamada. Abro.

Es una mujer, muy hermosa por cierto.

Tendrá unos treinta y dos años, de pelo muy negro y ojos muy verdes, formas redondeadas, labios rojos y sensuales y expresión afable y sonriente.

Parece dueña de una gran fortuna, a juzgar por las ajorcas que ciñen la torneada morbidez de sus brazos y las pulseras de brillantes que centellean en sus delgados tobillos. El traje de hilo de platino que viste —y ciñe su hermoso cuerpo como una segunda piel— debe haberle costado un millón de sueldos al menos.

—¿Profesor Kittum? —pregunta con voz dulce y acariciadora.

—Ex profesor —repito cansadamente—. Señora…

—Lumy, Nowoa Lumy —se presenta—. ¿Puedo hablar unos momentos con usted?

Me hago cortésmente a un lado. Le indico el diván.

Ella se sienta y cruza sus fascinantes piernas. Sus pestañas, densas, frondosas, aletean de manera sugestiva mientras rechaza con suave ademán mi ofrecimiento de vino.

Tiene en las manos un bolso de platino, literalmente constelado de diamantes rosados. Lo abre y extrae una cajita metálica que hace juego con el bolso, cuya tapa levanta.

—Esto me gusta más —dice. Y me enseña unas píldoras amarillo verdosas, de medio centímetro de diámetro—. ¿Quiere una?

Reconozco la droga al instante. Es estimulante, produce euforia, bienestar, agilidad de cuerpo y de mente y no crea hábito. Pero a veces mata. Instantáneamente.

Los científicos no han logrado ponerse de acuerdo para conocer totalmente los efectos de la «euphoryne». Uno puede tomarlas años y años, toda la vida, y no pasarle nada. Otro ingerirá su primera pastilla y caerá fulminado. Estos casos, sin embargo, son rarísimos: uno entre cinco millones, dicen las estadísticas. Pero yo prefiero estar del lado de quienes no toman la «euphoryne».

—Gracias, señora Lumy —respondo—. ¿Puedo saber a qué debo el honor de su visita?

—Hemos leído los periódicos y los incidentes de que usted ha sido protagonista el mes pasado —manifiesta en tono sosegado, después de haber ingerido su píldora. Me extraña que hable en plural, pero no hago ningún comentario; ya se explicará—. Sus… opiniones nos han llenado de curiosidad y quisiéramos conocerlas con más amplitud.

—No entiendo bien —respondo.

—Soy la secretaria de la Sociedad Para el Avance y el Progreso —declara Nowoa—. Nuestra sociedad estimaría mucho una conferencia suya en el local donde celebramos habitualmente nuestras reuniones. Sin límite de tiempo para exponer su pensamiento, con el coloquio habitual final y… mediante una sustanciosa remuneración por su esfuerzo.

Conozco la
S. P. A. P.,
aunque no sea más que por referencias. Es una asociación de gentes distinguidas, pero aburridas, a las cuales el pertenecer a dicha entidad da buen tono, por lo avanzado de las ideas que se profesan allí. Esto podría no tener importancia, si no fuera porque está

dirigida por media docena de sujetos sin escrúpulos, partidarios de una doctrina comunitaria, igualitaria, la cual sostiene ciertas teorías de gobierno que no son las que comparte la mayoría de la gente.

Estos individuos de la

S. P. A. P.

hablan de la injusticia de nuestros gobernantes a cada momento, de las desigualdades entre los habitantes de nuestro mundo, de la repartición de beneficios y de trabajo… pero ninguno de ellos tiene callos en las manos. Y no toleran objeción alguna a sus doctrinas, lo cual permite imaginar fácilmente lo que harían si un día se les concediera la oportunidad de empuñar las riendas del gobierno.

No tengo particular simpatía al gobierno actual, pero sé que, dentro de las limitaciones humanas, es bastante bueno. Si no creen en mis teorías, no es culpa suya; y los de la

S. P. A. P.

ni siquiera me hubiesen dejado exponerlas, de haber tenido ellos la sartén por el mango. Ésa es la diferencia entre unos y otros.

Los estúpidos idealistas que apoyan a los de la

S. P. A. P.

no se dan cuenta de que, en el caso de que triunfasen, ellos serían los primeros barridos, sin compasión alguna. No, no les haré el juego.

Esto es cosa mía, mi propia pelea.

—¿Y bien? —dice Nowoa, impaciente.

—No. No quiero dar ninguna conferencia, señora Lumy —contesto.

Un relámpago de cólera brilla en sus hermosos ojos.

—Le advierto que los honorarios que recibiría por su disertación alcanzarían el sueldo de un año… es decir, el sueldo que tuvo hasta ahora —dice.

—Ni aun así —declaro—. Lo siento; mis ideas ya me causaron bastantes disgustos y no quiero sufrir más. Créame que lamento defraudarle, señora Lumy, pero ésa es mi decisión y no la revocaré.

Trata de ocultar su decepción con una brillante sonrisa y se pone en pie.

—Gracias, no obstante, profesor. Mi nombre figura en la guía. Llámeme si un día cambia de opinión.

Me quedo solo. Reflexiono.

¡Qué extraño!

Primero, Rakael Orten. Luego, Wianna.

Ahora, Nowoa Lumy.

¿Qué es lo que pretenden?

Acaso, sin desearlo, ¿me he convertido en el peón de una importante partida de ajedrez?

La sospecha se infiltra de forma insidiosa en mi cerebro. Temo haber cometido algún error al divulgar prematuramente mis teorías. Debía haber esperado un poco más, aguardar a tener más y mejores pruebas, pero, también, ¿dónde hallarlas?

5-IV-
16 873.

Han transcurrido tres días.

He reflexionado mucho en ese tiempo. Se me ha ocurrido una idea que tal vez pueda producirme digamos buenos dividendos.

Exploraré el terreno donde aterrizó la nave que me enseñó mi padre hace veinticinco años. Practicaré excavaciones, si es preciso. Tal vez encuentre algo, algún objeto… no sé qué, pero presiento que encontraré una prueba de que allí aterrizó una nave procedente de remotísimos lugares del espacio.

Pienso que mi padre podría ayudarme y hablar sobre el particular, pero no quiero complicarle. Además, cuando ha callado durante un cuarto de siglo, sus razones tendrá.

Me dirijo al visófono y ordeno que preparen mi aeromóvil y que lo alisten para un mes de ausencia y de autonomía total. Luego salgo a la calle.

Adquiero algunos objetos que me serán útiles. Vuelvo a casa.

Presiono el botón de repetición de mensajes. La voz del mecánico me informa de que el aeromóvil está dispuesto.

6-IV-
16 873.

Cuando me disponía a salir, tropiezo con Wianna.

Me quedo asombrado. Ella también.

—¿Adónde va usted? —Es la pregunta que brota

simultáneamente de nuestros labios.

Ella ríe. Se convierte en una mujer distinta por completo de la que me juzgó. Es una risa franca, cristalina, seductora. Me agrada. Pero no se lo digo, claro.

—A explorar —respondo—. ¿Y usted?

—Quería hablarle, Yon.

—Tengo ya mi aeromóvil dispuesto. ¿Será muy larga su entrevista?

Wianna duda un instante.

—¿Por qué no hablamos en vuelo? —sugiere.

Hago un gesto de disgusto.

—Ah, es que no quería llevar compañía —añade.

—Y menos la suya… al menos, en plan oficial —dijo yo.

—¿Me toma por espía del gobierno? —inquiere.

Aprieto los labios. Ella sigue:

—¿No se le ha ocurrido pensar que también el gobierno puede estar interesado en la comprobación de sus teorías?

—¡Vaya, ésa sí que es noticia para mí! —respondo—. Pensaba que me consideraban como un loco o algo por el estilo.

—Yon, usted es un tipo inteligente —dice Wianna—. ¿Cree que no hay en las altas esferas quien haya reparado en los pasos de naves no identificadas, y su aterrizaje, en más de una ocasión, por nuestro planeta? Interesa saber lo que hay de cierto en todo esto, y yo, en uno de los lados del problema, soy la encargada de resolverlo. Al menos, en la parte que me corresponde, por supuesto. —Se interrumpe un instante y pregunta—: ¿Qué, me acepta como pasajera?

—Conforme —accedo. ¿De qué serviría negarme? Acabaría por sacar un documento en el cual se me ordenaría obedecerla en todo.

Salimos. Poco después, nos hallamos en la azotea del edificio.

Subimos al aeromóvil. Despego verticalmente primero. Luego, poco a poco, voy tomando la horizontal, hasta adquirir la posición de vuelo a unos cientos de metros de altura. Sigo ganando elevación y velocidad.

A los diez minutos volamos ya a unos mil kilómetros por hora. Es suficiente. Señalo el rumbo y conectó el piloto automático.

Me vuelvo hacia Wianna.

—Así que ahora el gobierno cree en mí —digo, rompiendo el

silencio por primera vez después del despegue.

—La investigación es reservada, Yon —declara Wianna—. Y había empezado ya antes de que usted divulgase sus creencias.

—Bueno, ¿pero hay o no hay invasores entre los miembros del gobierno? —pregunto.

—¿Y cómo quiere que lo sepa yo? Estoy cumpliendo órdenes, eso es todo.

—Entonces, en su opinión, el que le ha dado esas órdenes no es un invasor.

—A mí no me lo parece —sonríe ella.

—¿Puedo saber quién ha sido?

—Sí, el Primer Secretario Milt Preff.

Silbo.

—Tiene usted buenas amistades, indiscutiblemente —comento.

—Nada de eso. Preff habría llamado a otro juez cualquiera, si éste le hubiese juzgado a usted. Pero como fui yo, por eso me citó en su despacho y me dio las instrucciones precisas.

—¿Que consisten en…?

—Hallar a los invasores —responde Wianna en tono firme.

CAPÍTULO V

El mismo día.

Resulta consolador ver que, por fin, hay quien se preocupa de la invasión.

Claro que yo he cometido algunos errores. Por ejemplo, debí haber presentado una memoria reservada al Secretario del Interior, exponiendo mis teorías. Me habría ahorrado muchos disgustos… aunque tampoco me importa ya demasiado.

Tal vez me rehabiliten un día, cuando hayamos descubierto, desenmascarado y derrotado a los invasores. Eso es lo de menos, en todo caso, si al fin conseguimos que nuestro planeta viva libre y sin el temor a caer bajo el pesado yugo de unos extraños. Cualquier otra consideración debe quedar postergada. Lo importante son las instrucciones que ha recibido Wianna.

¡Hallar a los invasores!

Me siento exultante de alegría. Lucharemos contra ellos. Los venceremos. Los arrojaremos a su mundo… el que sobreviva.

Volamos raudamente a varios miles de metros de altura. Franqueamos una cordillera, una gran llanura cubierta de bosques y vegetación, varios grandes lagos que forman una curiosa cadena… otra cordillera, una vastísima planicie donde se produce una cantidad fabulosa de alimentos para los habitantes de nuestro planeta…

Algo amarillea en el horizonte. ¡Es el desierto!

Volamos sobre una de las zonas más áridas y desoladas de nuestro planeta. El sol bate la tierra con furia inimaginable. Calculo que la temperatura, en los escasos lugares donde hay sombra, debe

bordear los cincuenta centígrados. A pleno sol, una persona puede morir deshidratada en pocas horas.

Consulto el indicador de rumbo. La aguja marcadora va señalando sobre el papel del cilindro la trayectoria que seguimos. De pronto, veo que se aproxima a un punto marcado en rojo.

Hago la deducción correspondiente a la distancia en escala, mediante un rápido cálculo mental.

—Estamos llegando, Wianna —anuncio—. Faltan ya menos de diez kilómetros.

—Estupendo —dice ella.

Desconecto el piloto automático. Recobro los mandos.

Bajo la velocidad, y empiezo a perder altura, fijos los ojos en la grabadora de rumbo y en el altímetro.

Minutos más tarde, la nave se ha posado en el suelo, justamente donde treinta y siete años antes aterrizó otra nave, procedente de un lugar situado a cuatrillones de kilómetros de distancia y cuyos habitantes tratan ahora de sojuzgarnos.

Consulto el termómetro exterior. Fuera, al sol, la temperatura es de 66,4.º.

—Tendremos que ponernos los trajes térmicos —sugiero.

Wianna asiente.

Treinta minutos más tarde, estamos listos. Nuestros trajes, tan aptos para el espacio como para aquel lugar de infierno, nos librarán de la feroz temperatura que reina en el exterior. Todo consiste en cambiar el mando de temperatura interna: de calefacción a refrigeración, con la ventaja de que aquí no es necesario que utilicemos el aire de los depósitos dorsales.

Abro la escotilla y salimos fuera. Tomo una caja metálica que compré ayer.

—¿Qué es eso? —pregunta Wianna.

—Un detector de masas metálicas —explico.

Coloco la caja en el suelo y me arrodillo para abrirla. El detector está en su interior.

Me lo cuelgo del cuello por medio de una correa, por lo menos así tendré una mano libre. El aparato queda casi horizontal, con su panel de indicadores directamente bajo mis ojos.

Desconecto el micrófono, unido a la caja por un cable flexible. Doy media vuelta al interruptor y la batería que acciona el detector

entra en funcionamiento.

Muevo la mano derecha, con la que sostengo el micrófono —llamémosle así— receptor de datos sobre metales. En los primeros momentos, las agujas permanecen quietas.

Camino unos cuantos pasos, a derecha, a izquierda, luego empiezo a describir un gran círculo que tendrá unos ciento cincuenta metros de radio. Al terminar, reduciré ese radio, lo cual significa que caminaré en espiral, pero hacia dentro, claro.

Wianna queda junto al aeromóvil, observando mis movimientos.

Son precisas siete vueltas antes de que, por fin, la aguja detectora se agite levemente.

—¡Creo que he captado algo! —grito, a través de la radio individual.

Ella corre hacia mí. Sus ojos examinan el indicador.

—La señal es muy débil todavía —alega.

—Bueno, insistiremos.

Doy unos cuantos pasos en todos los sentidos, hasta conseguir una acentuación del movimiento de la aguja. Ya no nos cabe la menor duda de que estamos en el buen camino.

Algún objeto metálico de la astronave extranjera quedó en el suelo cuando se llevaron el casco, y ahora, al cabo de un cuarto de siglo, está cubierto por la arena desplazada por los huracanes. Es preciso hallar el punto exacto de su emplazamiento, a fin de evitar esfuerzos inútiles.

Cinco minutos después, la aguja da la señal de máxima intensidad.

Pateo el suelo con un pie.

—¡Lo tenemos debajo! ¡Aquí está! —exclamo, jubiloso.

—Consulte la profundidad —sugiere Wianna.

Muevo otro interruptor. En una esfera indicadora aparecen unas cifras: 37.

—Vaya, tenemos un buen trabajo —comento.

—¿Que herramientas has traído? —pregunta ella, tuteándome de repente.

—Una excavadora manual —respondo. Luego levanto la vista hacia el cielo, que enrojece hacia Poniente—. Será mejor que lo dejemos para mañana; pronto será de noche.

Ella se muestra conforme con mi propuesta.

—Regresemos a la nave; es preciso preparar la cena.

—Estás en todo —comento, sonriendo.

—Soy mujer y, como tal, práctica —contesta ella, sonriendo también.

7-IV-
16 873.

Estoy en pie apenas asoma la primera claridad por Oriente. Wianna duerme todavía.

Uno de sus rizos rubios cae sobre su frente, prestando a su rostro un encantador aspecto de juvenil inocencia. Su pecho, de suaves curvas, asciende y desciende sosegadamente. Pienso si no será ella tal vez la mujer que el destino me ha deparado.

Pero ¿qué podré ofrecerle yo, un profesor expulsado de la Universidad, con una nota pésima en su historial?

A menos que descubra a los invasores y recobre mi prestigio… Es pronto, aún, sin embargo, para pensar en ciertos temas. Esperemos.

Wianna despierta cuando termino de preparar el desayuno.

—¿Alguna novedad? —pregunta, después de darme los buenos días.

—Ninguna. Aún no he salido al exterior.

Las noches, en el desierto, son tan frías como ardiente es el día. Como mi aeromóvil puede transformarse también en habitación, hemos dormido cada uno en nuestro asiento, acomodado en forma de litera. Una agradable calefacción interna ha evitado que pasemos el menor frío.

Terminamos de comer y nos ponemos los trajes aislantes. Una vez equipados, le entrego el detector y yo tomo la excavadora individual.

Salimos al exterior y buscamos el sitio donde está la masa metálica detectada la víspera, que marqué por medio de unas cuantas piedras. La excavadora es un tanto pesada, pero está provista de unas pequeñas ruedas, a fin de hacer más fácil su transporte. Asimismo dispone de un largo cable, para tomar energía motriz de alguna central de fuerza, en este caso, el motor del aeromóvil.

El sol cae ya sobre la tierra con furia. Alcanzamos el lugar donde se halla la masa metálica. Preparo la excavadora y compruebo que todo está en orden.

Instantes después, comienzo a trabajar. En síntesis, la excavadora consiste en un trépano que gira a alta velocidad, autorrefrigerado por un procedimiento que sería largo de detallar, pero que no necesita aire ni agua. No sé explicarlo con exactitud, aunque creo que se trata de la transformación del calor generado por el roce en fuerza motriz supletoria, con lo que el ahorro en la planta suministradora es evidente.

La excavadora está provista asimismo de una larga manga flexible que alcanza a veinte o treinta metros —y más, según se requiera—, por la que sale proyectado al exterior un violento chorro de polvo, procedente de los materiales triturados por el trépano. Esto evita la pala, como es natural.

8-IV-
16 873.

El trabajo es lento y fatigoso, pese al ahorro de fuerza muscular que supone la máquina. Nuestra labor resultaría más fácil si se tratase de terreno rocoso, que se sostendría por sí mismo, pero estando el suelo compuesto por arena en su mayor parte, es necesario moverse sin cesar, a fin de excavar un hoyo de gran diámetro, ya que no disponemos de materiales para apuntalar o entibar sus paredes. La arena cae continuamente al fondo y por ello es preciso ganar en diámetro lo que, de otro modo, habría sido ganado en profundidad.

Al finalizar el segundo día de trabajo, hemos alcanzado la cota de los 11 metros.

9 y 10-IV-
16 873.

Quince metros más. Nos faltan doce. Esto supone otros dos días de fatigoso trabajo.

12-IV-

16 873.

Al terminar la jornada, el detector indica que nos hallamos a unos dos metros y medio o tres de la masa metálica. Wianna quería seguir, pero yo le he aconsejado que esperemos a mañana, a fin de examinar el objeto a plena luz. Dominando su impaciencia, ha accedido, aunque a regañadientes.

Regresamos al aeromóvil. Nuestro aseo tiene que ser somero a la fuerza, dadas las circunstancias. Pese a que la labor es facilitada por la máquina, yo me siento cansado. En primer lugar, no estoy entrenado y, en segundo, para poder alcanzar los treinta y cinco o cuarenta metros de profundidad, hemos tenido que excavar —Wianna me ha relevado en más de una ocasión—, un hoyo del doble de anchura; de este modo, la arena no resbalaba tan fácilmente al fondo.

Cenamos. Estamos un poco nerviosos, pensando en que mañana habremos descubierto ya el secreto del objeto metálico que yace bajo la tierra.

—¡Qué chasco nos llevaríamos si sólo fuese un trozo de plancha de acero! —dice Wianna.

—Calla, no seas pájaro de mal agüero —la reprendo.

Para distraernos un poco, conecto la televisión. Es hora del noticiario.

Las noticias son las mismas que de costumbre. Los Occidentales protestan de los Orientales y los Centrales de los Meridionales. La política de costumbre. Aburrido.

Cambio de programa. Ahora dan una función de *ballet* por el cuerpo de baile del Teatro Planetario. Interesante.

Cuando termina la sesión, busco otra estación. Aparecen unas rayas en la pantalla.

—Es extraño —digo.

—¿Qué encuentras de extraño? —pregunta Wianna—. Debe haber algún defecto en el enlace.

—Es posible, pero se verían las rayas en colores y éstas lo son en blanco y negro.

Wianna frunce el ceño. Inclina el busto hacia delante.

De repente, la pantalla queda en blanco unos instantes. A los dos o tres segundos, aparece un punto redondo de cinco centímetros de

diámetro.

El punto es sustituido, medio segundo después, por una raya de diez centímetros de largo por dos de ancho. Sale otra raya, luego un punto…

¿Por qué se ven esas rayas y puntos y no las imágenes correspondientes de la estación de TV?

Consulto el reloj. Aquella estación cerró sus emisiones hace diez o quince minutos.

—Debe de ser una emisión de pruebas —apunta Wianna.

—¿Acromática? —me extraño.

—Bueno, no conocemos sus interioridades —responde ella—. Quizá se trata de un género nuevo de pruebas o… vete a saber. Estoy cansada, Yon. Hasta mañana.

13-IV-
16 873.

Cuando despierto, a la mañana siguiente, lo primero que hago es conectar el televisor, en el mismo canal. Quiero comprobar una hipótesis que se me ha ocurrido la noche pasada, poco antes de dormirme.

Los puntos y las rayas continúan apareciendo en la pantalla.

Capítulo VI

El mismo día.

La impaciencia nos devora. Con apenas un bocado en el estómago, sin perder tiempo, nos dirigimos de nuevo hacia la excavación. Emprendo el trabajo inmediatamente.

Hay que excavar con mucho cuidado. El trépano es capaz de perforar la sustancia más dura. Podría destrozar el objeto detectado.

Atendiendo mis consejos, Wianna se ha traído un pequeño televisor portátil, conectado al mismo canal. Las imágenes descritas continúan apareciendo en la pantalla.

De repente, aparece una parte del objeto metálico.

—¡Cuidado! —grita Wianna.

Paro la máquina y la dejo a un lado. Me arrodillo. Empiezo a quitar la arena con las manos. Ella me ayuda.

Lo primero que vemos es un rectángulo metálico, en forma de rejilla, con los alambres separados entre sí por un espacio de dos milímetros. Los alambres son muy finos, de medio milímetro de grueso. La rejilla medirá en conjunto veinte centímetros de ancho por el triple de largo.

A medida que sacamos más arena, ahora con las manos, vamos captando más detalles.

La rejilla está sostenida por un delgado poste del mismo metal. A poco, vemos una caja de metal negro, mate, herméticamente cerrada, sin ninguna indicación.

Tomo la caja en mis brazos. Pesa bastante, pero puedo sostenerla perfectamente.

De pronto, Wianna deja escapar un grito:

—¡Mira, Yon! ¡Las señales han dejado de aparecer en la pantalla!

Sonrío, satisfecho. Mis presentimientos se van cumpliendo.

—Ignoro qué clase de aparatos emplearon los invasores —digo—, pero no me cabe la menor duda de que poseen una ciencia adelantadísima, ya que inventaron este transmisor, que emitía señales aun hallándose a tantos metros de profundidad.

—¿Con qué objeto? —pregunta ella.

—Podríamos llamarle un radiofaro, pero con emisión de señales visibles, en lugar de audibles.

—¿Para quién, Yon?

—Para los invasores, claro.

Wianna se queda pensativa un momento.

—Eso significa que, después de aterrizar aquí, escondieron el telefaro, a fin de dejarlo como señal indicadora para posteriores viajes.

—Exactamente.

—Pero ¿por qué aterrizaron aquí?

—Es un desierto, ¿no?

Wianna comprende.

—Tienes razón —concuerda—. ¿Qué haremos ahora? —pregunta a continuación.

—Tú trabajas por encargo del Primer Secretario, ¿no es eso?

—Demasiado lo sabes, Yon.

—¿Hasta dónde llega tu autoridad? En este asunto, me refiero.

—Toda, pudiera decirse.

—Muy bien. Entonces, llevaremos el transmisor a un laboratorio del gobierno y…

No puedo continuar. Algo baja del cielo aullando.

Suena una aterradora explosión. Se eleva una enorme columna de humo y polvo. El suelo tiembla.

Wianna grita. Yo caigo y el transmisor se me escapa de las manos.

—¿Qué pasa, Yon? —pregunta la muchacha.

Levanto la vista. Un aeromóvil cruza por encima de nosotros, a ciento cincuenta metros de altura, dejando tras sí una larga estela de ruido, que nos llega a los oídos pese a la protección del casco.

—¡Son «ellos»! —grito—. ¡Nos atacan! ¡Corramos, Wianna!

Me pongo en pie. No me importa abandonar la excavadora. Pero no soltaré el transmisor.

Todavía estamos en el fondo del embudo. Es preciso salir de allí y escapar en el aeromóvil; de lo contrario, las granadas de los atacantes nos harán pedazos.

La ascensión no es fácil. En vertical, son casi cuarenta metros. Pero la pendiente es de unos cuarenta y cinco grados, lo cual significa que la distancia a recorrer hasta el borde es de unos setenta metros.

Subimos desesperadamente. El transmisor pesa más de la cuenta y mi esfuerzo es casi doble. Sudo, jadeo…

Alcanzamos el borde. En el mismo instante, el aparato atacante pica a mil kilómetros a la hora.

Dos chispazos brotan de su morro. Suena el aullido de los proyectiles.

El estallido es simultáneo. Mi aeromóvil vuela en mil pedazos con tremendo estampido.

Wianna y yo nos quedamos contemplando el espectáculo con la boca abierta de par en par, como si no acabásemos de dar crédito a lo que estamos viendo. Los fragmentos de metal saltan por todas partes.

Algo cae a mis pies. Un poco de agua se derrama sobre la candente arena y se evapora casi en el acto. Era una de las latas de líquido potable. La pérdida del agua, a cientos de kilómetros de la zona verde más próxima, me aterroriza.

La nave atacante se remonta de nuevo. Está buscando otra vez la posición más favorable para atacar.

—¡Tenemos que escapar de aquí, Yon! —grita la muchacha.

Corremos. El peso del transmisor embaraza mi marcha.

—¡Allí, allí! —señala Wianna un punto, situado a unos doscientos cincuenta metros.

Es un grupo de rocas, tras las cuales podremos hallar una mejor protección contra las granadas que nos disparan, cuyos efectos son realmente terroríficos.

No hay más que ver los restos de mi aeromóvil, un aparato, pese a su ligereza, de una solidez indiscutible y convertido ahora en menudos fragmentos de metal.

El aparato carga contra nosotros. Nos tendemos en el suelo.

¡Blaaam! ¡Blaaam!

Las dos granadas han estallado a menos de veinte metros de distancia, sacudiéndonos el cuerpo con terrible violencia. La metralla se expande, dejando tras sí una estela de agudísimos chillidos.

Nos incorporamos de nuevo. Las rocas están a ciento cincuenta metros.

De pronto, meto un pie en un hoyo que la arena me había impedido ver. Caigo hacia delante. Siento un vivísimo dolor en el tobillo. Una exclamación se escapa de mis labios.

Wianna se vuelve.

—¡Yon! —grita.

—Me he torcido el tobillo —contesto, haciendo un esfuerzo por ponerme en pie.

Ella retrocede. Paso un brazo por encima de sus hombros.

—Vamos, aprisa —exige.

—El transmisor.

—No tenemos tiempo, Yon. Él o nosotros.

Wianna tiene razón. Sé lo que buscan los atacantes… los invasores.

Caminamos como podemos. Ella suda y jadea, ayudándome a andar a la pata coja. El tobillo me duele de modo insoportable.

Una tremenda explosión nos derriba al suelo. Vuelvo a gritar de dolor.

Algo cae a corta distancia de nosotros. Wianna alarga la mano, lo coge y me lo enseña.

Es un minúsculo fragmento de la rejilla de antena del transmisor.

Casi lloro. Y no sólo por el dolor del tobillo.

El mismo día, por la noche.

Wianna ha tenido que rasgar con un cuchillo —de que todos los trajes acondicionados van provistos—, la pernera izquierda de mi pantalón. Ha cortado unas tiras de tejido y me ha vendado el tobillo, demasiado hinchado. Esto reduce considerablemente el dolor, pero no en absoluto nuestras posibilidades de supervivencia, que son ínfimas, por no decir nulas.

Ni aun hallándome en plenitud de facultades podríamos alcanzar un lugar habitado. A pie, la travesía del desierto es imposible. Si a ello añadimos que no tenemos agua ni comida y que mi tobillo tiene una grave distensión, es fácil comprender cuáles son nuestras perspectivas.

—Nos han dejado vivos para que padezcamos más —digo, rompiendo el largo silencio en que habíamos caído desde hacía rato.

Nuestras emisoras de radio son de corto alcance. Hemos intentado comunicar con alguno de los numerosos aeromóviles que, sin duda, deben cruzar por las regiones estratosféricas, por encima del desierto, pero ninguna de nuestras llamadas ha sido atendida.

Intentar comunicarse con una estación fija es inútil por la falta de alcance del transmisor. Por lo tanto, sólo nos quedaba el recurso de que nuestras llamadas fuesen atendidas por algún aeromóvil de paso.

Pero hasta eso nos ha sido negado. Wianna ha convenido conmigo que nuestras emisiones deben estar siendo interferidas, si no anuladas. Quieren que muramos, está visto.

Wianna asiente.

—Sí, son unos sádicos. Hubiesen podido destruirnos con una granada bien dirigida, pero han preferido entregarnos al tormento de la sed y del hambre.

Las rocas no darán sombra suficiente para protegernos de los rayos solares apenas llegue el día. Wianna tiene su traje intacto y podrá soportar las elevadas temperaturas que advendrán con la salida del sol. El mío está inútil, ya que tiene toda una pernera destrozada y, por lo tanto, la climatización no funcionará. Pero aunque ella sobreviviera, ¿qué sucedería cuando agotase la carga de su batería?

—Aconsejo dormir un poco —digo.

—Trataré de hacerlo —contesta ella con sonrisa desvaída.

Busca un rincón un poco más cómodo y se tiende en el suelo.

—Baja el volumen de tu transmisor —le digo.

—¿Por qué? —pregunta, extrañada.

—Así no te oiré cuando ronques al dormir —respondo.

No podemos quitamos los trajes y mucho menos los cascos en las condiciones en que nos hallamos, naturalmente.

Mi broma borra un tanto las sombras de su rostro.

—No tengo esa mala costumbre —dice.

14-IV-
16 873.

La noche ha sido infame.

Privado de movimiento y de calefacción, ha habido momentos en que creí morirme de frío. No podía agitarme para entrar en reacción, a causa de mi miembro lisiado y la corriente de aire caliente que producía mi acondicionador era combatida rápidamente por la baja temperatura ambiente que penetraba en el interior del vestido por la abertura de la pernera. No obstante, de cuando en cuando, daba una cabezada y me dormía.

Al amanecer abro los ojos y me siento en el suelo, manteniendo, sin embargo, la pierna estirada. Entonces, al lanzar maquinalmente una mirada a mi alrededor veo algo que me hace dudar de la integridad de mi mente.

El grito se me escapa de los labios sin poder contenerlo.

—¡Wianna! ¡Despierta, estamos salvados!

CAPÍTULO VII

El mismo día.

Wianna se sienta en el suelo, alarmada por mi estentóreo aullido. Sus ojos se dilatan por el asombro.

—¡Yon! ¿Qué es eso?

A cincuenta metros escasos de nosotros, un aeromóvil, inmóvil —perdón por la paradoja—, reluce a los primeros rayos del sol.

Wianna me mira atónita.

—¿Quiénes son? —me pregunta.

—No lo sé. No tengo la menor idea. Han debido llegar mientras dormía… durante alguno de los pocos momentos en que he podido conciliar el sueño.

Wianna se pone en pie.

—Iré a investigar —declara.

Camina hacia el aparato, cuya escotilla de acceso aparece abierta de par en par. Entra. Desaparece unos segundos de mi vista.

Luego se asoma.

—Yon, no hay nadie —informa, estupefacta, a través de la radio.

—Bien —contesto—, eso no importa. ¿Funciona?

—Por lo que yo puedo apreciar desde aquí, creo que sí.

—Entonces, no nos preocupemos de más y aprovechemos la ocasión. Ayúdame, ¿quieres?

Wianna regresa y me ayuda a incorporarme. Luego nos dirigimos hacia el aparato y entramos en su interior.

—Supongo que estás pensando lo mismo que yo —dice.

—Desde luego.

—Pero no podemos marchamos sin cerciorarnos de que el o los

dueños de este aeromóvil se encuentran todavía en las inmediaciones —alega ella—. Sería horrible abandonarlos en este desierto.

—Estoy de acuerdo contigo —respondo. Muevo la mano en semicírculo—. Pero fíjate bien. ¿Ves algo de particular?

—No —responde, al cabo de casi un minuto de atento examen del terreno que nos rodea.

—Es natural que no veas lo que no existe: Las huellas de los ocupantes de este aparato en la arena, que deberían haber quedado impresas si se hubiesen alejado de él hacia algún lugar del desierto. ¡Y no hay otras huellas que las nuestras, Wianna!

Mis argumentos la convencen.

—Entonces, ¿quieres decir que dejaren el aparato aquí para que nos salváramos y luego se marcharon en otro, a fin de que no pudiésemos reconocerlos?

—Es lo más probable. O bien nos lo enviaron, guiándolo por control remoto.

—En tal caso, ¿quiénes fueron?

Medito unos momentos.

—Imposible saberlo por ahora, Wianna —replico—. Pero tengo la sensación de que estamos en el centro de dos bandos en disputa… aunque de lo que sí estoy seguro es de que desconocemos sus intenciones definitivas. Unos quieren nuestra destrucción; los otros desean que nos salvemos y nos envían este aeromóvil. ¿Quiénes son unos y quiénes otros? Es una pregunta que nos va a costar bastante responder de una manera concreta.

Wianna asiente.

—Tienes razón —dice. Y, más práctica, añade—: Si este aeromóvil está pertrechado con ánimo de salvarnos, no dejará de haber agua y provisiones.

Wianna acierta. Saciamos la sed y el hambre, no excesivos, sin embargo, si se tiene en cuenta que sólo hemos estado menos de veinticuatro horas privados de alimento y bebida. Pero nos reponemos del todo.

Al terminar, cierro la escotilla y pongo en marcha el aparato.

Despegamos.

—Lo primero que haré al llegar será buscar un médico —digo. Y Wianna asiente con la cabeza.

15-IV-
16 873

El médico me curó ayer, dejándome el tobillo como nuevo. Es preciso reconocer que en el estado actual de nuestra medicina, una lesión como la mía, que hubiese supuesto una semana total de inactividad y otra de lenta recuperación como mínimo en los siglos pasados, ha podido ser curada radicalmente en el transcurso de una sola y breve sesión. Aboné el importe de la minuta, y luego, Wianna y yo nos separamos.

Madrugo. Tengo mucho que hacer.

He estado pensando mucho en una cosa: las extrañas emisiones que captamos en nuestros televisores.

Esto no hubiese tenido importancia si dichas emisiones hubieran sido recogidas únicamente a horas en que la estación en que se captaba permanecía en silencio. Pero es preciso recordar que, por la mañana, las llamadas continuaban recogiéndose… ¡y a esa hora, la estación de TV correspondiente al canal utilizado debía estar en funcionamiento!

Desayuno rápidamente y salgo de casa. No utilizaré el aeromóvil que quedó anoche en la azotea del edificio donde vivo. Bajo a la calle y tomo una acera rodante de mediana velocidad.

Treinta minutos más tarde, me encuentro ante la puerta de un gran edificio, rematado por una altísima antena. Sobre el dintel, se lee un rótulo:

ESTACIÓN DE TELEVISIÓN N.º 411

A fin de evitar incidentes y confusiones, hace ya cientos de años que se implantó en todo el planeta el sistema de numerar las diversas estaciones de TV. Ésta en cuya puerta me hallo es la que captaba las emisiones del telefaro, que los atacantes nos destruyeron.

Por tanto, investigaré.

Cruzo el umbral. Un conserje, ataviado con un lujoso uniforme, me sale al paso.

—¿Señor?

—Deseo ver al director de la emisora —digo.

—¿Su nombre?

Se lo doy. El tipo consulta por un teléfono interior. Luego se vuelve hacia mí.

—Piso duodécimo, tercera puerta.

—Gracias.

El ascensor me lleva hasta el piso deseado. Salgo y busco la tercera puerta.

Avanzo a lo largo del corredor. De pronto, una puerta se abre y sale un tipo con una microcámara grabadora de sonido y video conjuntamente en las manos.

Rakael Orten se detiene y me mira.

—¡Profesor! —saluda cortésmente, aunque sin poder disimular la sorpresa que le causa mi presencia en la estación.

—Señor Kittum, tan sólo —le recuerdo—. ¿Cómo está usted?

—Encantado de saludarle —responde—. ¿Acaso ha venido en busca de mí para facilitarme las noticias que me negó en la ocasión anterior?

Muevo la cabeza.

—No. Busco al director, eso es todo.

Orten arquea las cejas.

—¿El director? Ah, sí; está ahí, al otro lado de la puerta. ¿Puedo serle útil en algo, profes… perdón, señor Kittum?

—No, muchas gracias. He tenido un gran placer en verle, señor Orten —respondo secamente.

—El placer y el honor son míos —Rakael Orten inclina la cabeza y sigue adelante.

Me acerco a la puerta, en cuyo frontis está grabada la palabra director en letras de oro. Levanto la mano para tocar con los nudillos sobre el panel.

Mis sospechas se acentúan. ¿Qué cosa más intrascendente y, al mismo tiempo, lógica para unos invasores que estar en posesión de, por lo menos, los puesto claves de una emisora de TV? Un hábil y reputado informador, como lo es Orten, ¿qué labor no puede desarrollar en favor de los suyos, lenta, insidiosamente, infiltrándose en nuestras mentes sin que nos demos cuenta de sus intenciones?

Llamo. Desde el otro lado me dan permiso para que entre.

Abro la puerta. Doy algunos pasos en el interior de la estancia…

El mismo día. Treinta segundos después.

Nowoa Lumy se pone en pie y me sonríe de manera muy atractiva. Ahora comprendo el gesto de extrañeza de Orten cuando le comuniqué mi deseo de ver al director. Es directora. La vicepresidente de la
S. P. A. P.

—¿Se ha quedado sin habla? —me pregunta avanzando hacia mí.

—Es su belleza, señora Lumy —respondo, con una aturdida galantería.

Ella lanza su risa argentina. Se cuelga de mi brazo con toda confianza. Su espléndido cuerpo exhala un perfume singular, embriagador, mareante.

—Venga —dice. Y me conduce a un cómodo diván—. ¿Cómo prefiere el vino?

—Semiespumoso —respondo.

Trae dos copas y una botella finamente tallada. Inclina el busto opulento y me mira de forma turbadora.

—¿Ha venido a comunicarnos su aceptación para la conferencia que le propuse tiempo atrás?

—No. Sigo rehusando, señora…

Se sienta a mi lado y se acerca a mí demasiado.

—Nowoa, por favor —ruega con voz acariciadora.

—Como guste —respondo. Tomo un sorbo de vino y dejo la copa sobre la mesa—. Mi presencia aquí tiene unos motivos muy distintos.

Vuelve a llenarme la copa.

—Muy bien. Adelante —dice, sin perder ni un solo momento su expresión incitante.

—Ayer, a las ocho y media o las nueve de la mañana, su emisora estaba silenciosa —digo.

—Ah, sí, estuvimos haciendo unas pruebas de carácter técnico —contesta con indiferencia.

—¿No estaría mejor dicho que… trataban de captar… las señales que emitía cier… to… aparato tra… trans…?

¿Qué me sucede?

¿Por qué se me traba la lengua?

Quiero hablar y los sonidos se niegan a salir de mi garganta.

Miro a Nowoa. Sigue sonriendo, aunque su expresión es ahora muy distinta: su sonrisa es perversa, demoníaca… bellamente satánica.

Algo estalla de repente dentro de mi cabeza. ¡Ha drogado mi vino!

Me siento enloquecer.

CAPÍTULO VIII

16-IV-
16 873

Cuando recobro el conocimiento, me encuentro tendido en el camastro de una celda carcelaria.

Pretendo moverme y un aullido de dolor se escapa de mis labios.

Siento mi cuerpo envarado, dolorido. Miro mis manos y veo los nudillos desollados.

¿Qué me ha sucedido? ¿Por qué estoy aquí?

¿Qué genero de droga es la que me propinó la maldita Nowoa?

Ahora ya no me cabe la menor duda. Es una invasora. Pretende deshacerse de mí. Pero ¿por qué no me ha matado?

Haciendo un considerable esfuerzo, me pongo en pie. Camino hasta el lavabo. Me miro al espejo.

Un grito de asombro se escapa de mis labios. Entonces, siento en ellos un vivo dolor.

Tengo el rostro tumefacto, los ojos hinchados y el labio inferior partido por una grieta de la que ha debido brotar abundante sangre, a juzgar por las manchas que aún se ven en mi barbilla y en mi ropa. Mi pómulo izquierdo también está partido y tengo las costillas bien molidas, a juzgar por lo que siento en los costados y la espalda.

¿Qué me ha sucedido?

Los invasores me han tendido una trampa, no me cabe la menor duda.

No acabo de entender qué se proponen, aunque puedo figurarme, en líneas generales que buscan mi eliminación. Pero el cómo y la manera en que piensan lograrlo, son cosas que no se me

alcanzan todavía.

Me lavo cuidadosamente. Por fortuna, la celda dispone de agua caliente, con lo que mi rostro recobra parte de su apariencia normal y los dolores que siento en él se atenúan un tanto.

Ahora ya no me cabe la menor duda: la emisora de TV n.º 411 es un centro de invasores, una guarida de los seres que quieren sojuzgamos a los ter…

Se abre la puerta. Vuelvo la cabeza, todavía con la toalla en la mano.

Hay dos guardias en el umbral, ambos armados con sendas paralizadoras. Sus rostros expresan claramente la poca simpatía que me tienen. No acabo de entenderlo; para ellos, debo ser un preso común y corriente. ¿Qué delito he cometido?

—Salga —dice uno de ellos con voz inexpresiva.

—¿Adónde voy? —inquiero.

—Al tribunal.

—¿De qué se me acusa?

—Ya escuchará la acusación en el momento del juicio —responde el guardia—. Ahora, ¿prefiere ir por su propio pie o le llevamos nosotros?

Y me apunta con la paralizadora de un modo que no deja lugar a dudas.

—Está bien. Iré.

Cinco minutos más tarde

Estoy en el tribunal. Abrigo la esperanza de que sea Wianna mi juzgadora. ¿Dónde está? ¿Por qué no ha comparecido para ayudarme?

¿O todo cuanto dijo e hizo era falso y sólo trataba, en combinación con Orten y la señora Lumy, de confiarme para luego eliminarme de un modo seguro y definitivo?

Mis esperanzas se disipan instantes después cuando comparece el juez, un tipo severo y de mirada hostil, que se hace llamar Berr Pavov.

—Comparece el acusado, Señoría —dice uno de los guardias.

Pavov me contempla como un bicho raro, al cual fuese preciso exterminar.

—¿Se declara inocente o culpable? —me pregunta.

—Señoría, aún ignoro el delito del cual soy acusado —respondo —. Antes de formular una declaración en un sentido u otro…

—Basta —corta Pavov con severidad—. En el día de ayer —recita de modo mecánico—, usted se embriagó miserablemente y produjo un gran escándalo en las calles de la ciudad, gritando a voz en cuello que todos los viandantes eran invasores procedentes de un extraño planeta. Cuando un guardia del orden público quiso reducirle, usted le atacó salvajemente, golpeándole hasta causarle graves heridas, de las que tardará bastante en reponerse. Acudieron más guardias y se resistió al arresto con musitada violencia. Tales son los hechos.

Contemplo al juez Pavov con gesto estuporoso.

Ahora comprendo la explosión que sentí dentro de mí a poco de haber bebido el vino que me sirvió Nowoa Lumy.

Debía de contener una droga alucinógena, que me produjo una especie de locura momentánea, seguida de una fuerte amnesia, ya que no recuerdo nada a partir del momento en que creí perder el conocimiento en el despacho de la invasora. ¡Qué astutamente han obrado!

—Señoría… —Intento decir, desesperado.

Pavov me interrumpe. No me deja hablar.

—Comprobados los hechos, la sentencia es ésta: Teniendo en cuenta los desfavorables antecedentes que concurren en el acusado; teniendo en cuenta que ya sufrió una condena anterior por alteración del orden público y que no es la primera vez que se enfrenta físicamente con sus guardadores; considerando que, en la actualidad, no posee ningún empleo; considerando, en fin, que perdió su colocación como consecuencia de las doctrinas subversivas que intentó propalar en la Universidad de la cual era profesor, yo, juez, le condeno a destierro indefinido en la isla de Neffries. ¡Caso fallado!

Pavov se marcha antes de que yo haya podido recuperar el aliento, sorprendido por la increíble noticia que acabo de escuchar.

Confieso que he oído muchos horrores acerca de la isla de Neffries, pero me pasa lo que a la inmensa mayoría de la gente: no nos preocupábamos de lo que sucede allí, porque ninguno pensábamos ser llevados a esa fatídica isla que tan pésima fama

tiene. Y ahora, esa horrible suerte me ha tocado a mí.

Siento un profundo abatimiento, que se traduce en un desistimiento total de mi voluntad. ¿Protestar? ¿De qué me serviría?

Mientras me devuelven a mi celda, a fin de esperar el momento del traslado, pienso por un momento en Wianna.

¿Qué hace?

¿Es traidora o leal?

En el primer caso, se comprende que no dé la cara; la vergüenza debe impedirle venir a verme.

Pero no creo tal cosa de ella. Corrió los mismos riesgos que yo en el desierto y estuvo a punto de ser destrozada por las explosiones, también como yo.

En tal caso, es leal. Pero ¿dónde está? ¿Por qué no viene?

Una angustia terrible por su suerte me invade. Sin embargo, no puedo hacer nada, excepto dejarme llevar con resignado fatalismo.

18-IV-
16 873

Estoy en la escotilla del aeromóvil que me ha trasladado hasta la isla Neffries. Mejor dicho, en su vertical, ya que nos hallamos a unos tres mil metros de altura sobre ella y no lejos de la costa septentrional.

Debajo de mí, sólo se ve una infinita masa de verdor, una enorme extensión de tierra cubierta por completo de una vegetación de tipo tropical, exuberante, abundantísima. Bosque y mar. La costa más cercana está a mil kilómetros, por lo menos. La evasión resulta imposible, aparte de que, durante el viaje, mis custodios me han informado de que hay constantemente naves patrulleras volando por los alrededores de la isla, a fin de hundir cualquier embarcación construida con troncos de árboles. «El que llega aquí, aquí se queda», me han dicho.

Me colocan el arnés de un paracaídas. Luego me sujetan la vaina de un cuchillo a la pernera derecha del pantalón. Inmediatamente, antes de que tenga tiempo de recobrarme, uno de los guardias me propina un brutal patadón en el final de la espalda, que me lanza al espacio.

Un grito se escapa de mis labios instintivamente. Como el

aeromóvil está quieto y sus motores son silenciosos, oigo durante una fracción de segundo las ruidosas carcajadas de los guardianes. Después, la vertiginosa caída me aleja de ellos y del aparato.

Caigo dando vueltas como una peonza. Es casi el instinto el que me hace manejar el mando de apertura del paracaídas. Éste se abre a mis espaldas y siento el brutal tironazo de los atalajes. El descenso es frenado bruscamente y empiezo a caer con mucha más lentitud.

Levanto la cabeza. El aeromóvil se aleja ya a gran velocidad, cumplida su misión. Siento una congoja infinita.

¿Qué peligros me acechan en esta isla fatídica?

El jefe de los guardias me había dicho:

—Te entregaremos un cuchillo, pero sólo en el momento de dejarte. Ya tendrás ocasión de utilizarlo.

No habló más, pero era suficiente.

Al cabo de unos minutos, toco tierra… Es un decir.

El paracaídas ha quedado enganchado en las ramas de los árboles y quedo suspendido a un par de metros del suelo. Encojo la pierna derecha, saco el cuchillo y corto las cuerdas.

Ruedo por el suelo. Una atmósfera malsana, calurosa, húmeda, en la que predomina un espantoso olor a pútrido, me envuelve de inmediato.

El suelo es blando, esponjoso, como todos los parajes situados en el trópico y con abundancia de vegetación. Las hojas caídas de los árboles a lo largo de siglos, han ido formando una espesa capa que lentamente se corrompe y lentamente se renueva. Siento náuseas.

Miro a mi alrededor, después de haberme puesto en pie. ¿De qué viviré en Neffries? ¿Qué se come aquí? ¿Dónde hay una fuente de agua? ¿Cómo se guarece uno de la lluvia cuando se desencadena una tempestad tropical?

Otro de los guardianes me dijo que, en Neffries, los condenados son como fieras y que sólo acatan la ley del más fuerte. ¿Es posible que en un mundo de tantos adelantos materiales haya una región donde los instintos sean el motor de las acciones humanas?

Estoy desconcertado. ¿Qué haré? ¿Hacia dónde dirigirme?

De pronto oigo voces cerca de mí. El miedo que siento hace que busque un lugar para esconderme.

—Te digo que ha caído aquí cerca —suena una de las voces.

—Bueno, como quieras —dice otro tipo—. No me gusta discutir.

—Lo que sucede es que eres un cobarde, tú.

—Claro que sí, Nigg. ¿Quién lo ha dudado nunca?

El diálogo suena a cinco o seis metros de distancia. De pronto, los dos sujetos aparecen ante mis ojos.

No sé cuántos años tienen; es imposible adivinarlo; ambos llevan largas barbas y sus cabellos, sucios y descuidados, les caen hasta los hombros. Visten unos andrajos indescriptibles y caminan descalzos. Su aspecto es horroroso y me impresiona muchísimo.

Es la primera vez que veo a dos hombres en tales condiciones. ¿Es posible que un ser humano pueda alcanzar tan bajo grado de abyección?

—¡Mira, el paracaídas! —exclama uno de ellos, alto y fornido.

El otro es algo más bajo y rechoncho, de piernas estevadas.

—En nuestras circunstancias, es toda una fortuna, ¿eh, Nigg? —sonríe.

—Claro que sí, Kharl. Vamos a descolgarlo…

El alto, Nigg, es lo último que dice en este mundo. De repente, sin previo aviso, Kharl, el de las piernas torcidas, saca un cuchillo y se lo clava en el costado.

CAPÍTULO IX

El mismo día.

Nigg se ha quedado paralizado durante un segundo, sorprendido por el inesperado y traicionero ataque de su compañero. Kharl lo repite; no ha soltado el mango de su cuchillo. Ahora levanta la mano y lo mueve en semicírculo.

Nigg se desploma al suelo, pateando convulsivamente, mientras de su cuello casi seccionado brota un verdadero río de sangre.

Muy pronto se inmoviliza. Tengo que meterme el puño en la boca para no gritar de pánico. Con razón se me advirtió de la fama que goza Neffries.

Kharl mira a derecha e izquierda con recelo. Limpia el cuchillo y lo guarda en la vaina.

—Ya puedes salir —dice.

Callo. No quiero que sepa dónde estoy.

—Vamos, vamos, chico; no seas aprensivo. No quiero hacerte daño —insiste Kharl—. Nigg era un tipo presuntuoso e insoportable; tenía que acabar así un día u otro. Si no me hubiese anticipado yo, él, lo habría hecho conmigo, así que…

No me fío en absoluto de las declaraciones de Kharl. Después de haber visto el asesinato traicionero que ha cometido, cualquier manifestación suya en son de paz, tiene que ser falsa a la fuerza.

Viendo su apariencia, comprendo que un paracaídas nuevo tiene que constituir un tesoro para él. Está seguro de que yo me hallo en las inmediaciones y quiere eliminarme a fin de quedarse solo con un buen puñado de metros cuadrados de magnífico tejido. Y quizá también con mis ropas, que están nuevas prácticamente.

Estoy agachado, apoyado en parte en las yemas de los dedos. De pronto, noto que mi mano derecha toca una cosa dura.

Bajo la vista un instante. Es un pedrusco de regular tamaño.

Lo sopeso. Hará sus efectos. A fin de cuentas, el paracaídas es mío. ¿Por qué voy a cedérselo a otro… a un asesino?

—Sal, idiota —me increpa Kharl. Enseña las palmas de sus manos—. ¿Es que no te fías de mí?

Empieza a dar la vuelta con los brazos extendidos, en señal de paz. Sigo desconfiando.

Cuando me da la espalda, le arrojo el pedrusco con todas mis fuerzas.

Recibe el golpe en la parte alta de la espalda, entre los omóplatos. Cae al suelo fulminado.

Salgo de mi escondite, me arrojo sobre él y le quito el cuchillo en un santiamén. Luego le tomo el pulso.

Sólo está desvanecido. Pero creo que, si le hubiese matado, no lo habría sentido en absoluto.

Acto seguido, trepo al árbol, con objeto de desenganchar el paracaídas enredado en el ramaje. Me cuesta bastante, pero lo consigo.

Cuando desciendo, Kharl está sentado en el suelo, con una mueca de dolor en el rostro. Me mira y se esfuerza en sonreír.

—Has sido astuto —reconoce—. ¿Cómo te llamas?

—Yon Kittum. —Apoyo la mano derecha en el mango del cuchillo que le he quitado, mientras que con la izquierda sujeto el bulto del paracaídas.

Kharl se percata del detalle y hace un gesto de rabia.

—Supongo que será inútil que te pida mi cuchillo —dice.

—Así es —respondo—. Después de haber visto cómo asesinabas a ese sujeto, no confío en ti en absoluto.

Kharl se pone en pie.

—Está bien. ¿Qué piensas hacer?

—Marcharme —respondo—. Alejarme de ti.

—No podrás ir muy lejos. Desconoces el ambiente…

—¿Lo conocías tú cuando llegaste a Neffries?

Kharl se queda cortado un instante. Luego se echa a reír.

—Tienes razón. Pero ve con cuidado; en cualquier momento, alguien puede lanzarte un cuchillo o pasarte un lazo por el

pescuezo. Tal como estás, vales una verdadera fortuna.

—No lo discuto —respondo—. Adiós.

Giro sobre mis talones y me adentro en la espesura, desapareciendo de su vista en contados instantes.

A los pocos metros, me escondo tras un grupo de matorrales. Guardo silencio.

No tardo en oír los pasos de Kharl, quien aparece armado con un nuevo cuchillo. Por un momento, quedo extrañado; luego, recuerdo a Nigg, a cuyo cadáver no se me ocurrió desarmar.

Los ojos de Kharl brillan con furia asesina. Está rabioso por el engaño de que ha sido objeto. Él, un veterano de Neffries, engañado por uno que acaba de aterrizar. Supongo que ha debido de representar un golpe muy duro para su orgullo.

Kharl se aleja sin verme. Podría haberle matado impunemente, pero le dejo marchar. No dudo que mataré, si es preciso, pero sólo para defender mi vida. Sin embargo, sé que soy incapaz de asesinar a nadie a traición. Por eso Kharl sigue con vida.

Continúo mi camino. Dos horas más tarde, llego a los linderos de la selva y avisto el mar.

20-IV-16 873.

Han pasado dos días desde mi llegada.

En este tiempo, no he comido otra cosa que unas bayas silvestres, de sabor no muy agradable. Kharl me ha perdido la pista. Por suerte para ambos, porque estoy seguro de que, en el encuentro consiguiente, uno de los dos habría dejado de existir.

Debe de ser horrible la vida en estas condiciones.

No he visto animal alguno de gran tamaño; sólo un par de serpientes y algunos insectos, así como varias aves. Si hay fieras, no las he visto, ni tampoco he oído sus rugidos.

Sigo caminando, con el paracaídas bajo el brazo, pero siempre cerca de la costa. Con el mar a la vista y en la linde de la selva, a fin de esconderme entre la vegetación si surge algún peligro imprevisto.

Tengo hambre. Calmé la sed en un arroyo que encontré al paso. El agua hedía, pero no me quedó otro remedio que beber, pese a las

náuseas que sentía.

De pronto, un olor extraño hiere mi pituitaria, por encima de los fétidos efluvios de la selva, que ni la proximidad del mar logran disipar. Es olor a carne asada.

Esto indica que hay seres humanos en las inmediaciones. Aspiro con más fuerza. El olor es delicioso.

Camino unos cuantos pasos. De pronto, diviso a un hombre en cuclillas, junto a una hoguera, dando vueltas a un rústico asador, en el que hay ensartado un animal parecido a un conejo, aunque de tamaño aproximadamente el doble.

Mis glándulas salivares comienzan a segregar de inmediato. Habituado a la relativa insipidez de los alimentos enlatados, la carne asada «a la antigua» se me antoja que ha de estar exquisita.

Ignoro el procedimiento que ha usado el sujeto para cazar el animal y encender el fuego. Debe ser un veterano de Neffries, sin duda. Pero tampoco importa demasiado. El caso es comer… si quiere compartir conmigo su comida.

Es posible que otro cualquiera le hubiese asesinado para robarle el alimento. Yo no soy capaz de hacer una cosa semejante. Le pediré un poco y apoyaré mi ruego con la moneda en forma de tejido que llevo bajo el brazo.

Abandono mi escondite. Las ramas crujen. El hombre las oye y vuelve la cabeza. Me reconoce y sonríe.

—Creí que no ibas a llegar nunca —dice Kharl.

Permanezco inmóvil en el mismo sitio, con la mano en la empuñadura del cuchillo. Mi rostro debe estar muy serio.

Kharl mueve la mano.

—Vamos, vamos, acércate y no tengas miedo. Mis intenciones son amistosas. Te invito a comer, Yon.

Doy un par de pasos hacia él.

—Pagaré lo que me des —declaro—. Un par de metros cuadrados de tejido por la mitad del asado.

—Hecho —acepta Kharl de inmediato.

Me acerco a él y tiro el paracaídas al suelo.

—Córtalo tú —digo. Es preciso demostrar que no le tengo demasiado miedo.

—Luego. Primero comeremos, ¿no te parece?

Treinta minutos más tarde.

He saciado el hambre. El asado estaba exquisito.

Kharl me ofrece más. Rechazo con un gesto de la cabeza.

—Coge la tela —le digo.

—Más tarde. No hay prisa —responde.

Estoy sentado en el suelo, a tres metros de él, siempre con la mano cerca del cuchillo. Kharl lo advierte y se echa a reír.

—Tú vivirás muchos años —manifiesta—. Aquí, en Neffries, no se puede confiar ni en la propia sombra.

—De eso podría decir algo Nigg, si estuviese en condiciones de hablar.

—Y si yo no lo hubiese hecho así, el muerto lo sería yo ahora —responde Kharl con indiferencia.

—¿Cuántos años llevas en Neffries? —pregunto de repente, al objeto de desviar la conversación.

—Cinco… casi seis —responde Kharl.

—¿Por qué te trajeron aquí?

—Ladrón —responde llanamente.

—¿Hay muchos más condenados?

Kharl sonríe.

—No hay oficina del censo, pero calculo que debemos ser ocho o diez mil. Lo que pasa es que la isla es muy grande y no nos vemos con mucha frecuencia. Ni, por otra parte, deseamos mucho los encuentros.

—Y cuando se producen, siempre hay algún muerto —digo intencionadamente.

—No conocía a Nigg —declara Kharl—. Ambos vimos a la vez tu lanzamiento y coincidimos a cien metros del lugar donde habías caído. Esos metros de tela —señala el paracaídas— son tan valiosos como diez millones de sueldos en cualquier ciudad del planeta.

—Podíais haberlo partido equitativamente —apunto.

—Lo siento —dice Kharl—. Me creas o no, sólo me anticipé a Nigg. Él estaba deseando asesinarme también. Pero fue más lento, eso es todo.

—¿Y siempre hay que vivir en semejantes condiciones?

Kharl se encoge de hombros.

—¡Qué quieres! —responde con indiferencia—. La vida que

llevamos no permite otra forma de actuar. Y la culpa no es nuestra, sino de quienes nos lanzaron aquí, desterrados, peor que apestados. Precisamente lo hacen para eso, para suprimirnos poco a poco.

—Es horrible —comento—. Si yo fuese Presidente, buscaría otra forma de castigar los delitos.

—Tus palabras están llenas de nobleza, pero no creo que haya ningún Presidente que se atreva a cambiar el actual *status quo*. Los condenados seguirán llegando a Neffries… y matándose entre sí para sobrevivir.

La perspectiva que me espera es escalofriante. Vivir como una fiera, en perpetua tensión, luchando por sobrevivir en un mundo cuyo ambiente es enteramente hostil… para acabar muriendo en el momento menos esperado.

«¡Wianna! ¿Dónde estás?», pienso acongojado.

Kharl advierte mi turbación.

—¿Eres casado?

—No —respondo.

—Pero has dejado atrás a una chica.

—No lo sé. Sí, hay una mujer… —Me pongo en pie de pronto—. Acabemos, Kharl. Coge tu parte del tejido.

Kharl levanta la mano.

—Calma, Yon —dice—. Me has caído simpático. Puedes tener la seguridad de que no te haré el menor daño, así que siéntate de nuevo y vamos a trazar los planes para el futuro.

—¿Qué clase de planes? —pregunto con recelo.

—Evasión.

Le miro como si se hubiese vuelto loco.

—Tengo los sesos en mi sitio —añade—, así que no me mires de esa forma tan rara. He estado pensando años y años en la forma más segura de evadirse de Neffries y, todo es preciso decirlo, esperando el momento adecuado.

—Y ese momento, ¿ha llegado ya?

—Sí. Contigo y tú paracaídas.

—Vamos, explícate de una vez. —Después de una corta pausa, añado—: Los guardias que me trajeron, manifestaron que hay siempre aeromóviles que vigilan el océano. Una embarcación sería divisada en seguida y hundida a cañonazos.

—No la mía —responde Kharl maliciosamente—. Pero no puedo

irme sin un compañero en quien confiar.

—¿Y yo soy ese compañero?

—Sí. Llevas poco tiempo en Neffries para haberte maleado. Creo que puedo confiarte mi secreto y, además, me imagino que estarás ansiando largarte de aquí, ¿no es eso?

—Es lo que más deseo en este mundo —contesto con avidez.

CAPÍTULO X

24-IV-16 873.

Han sido cuatro días de marcha inacabable. Creí que no íbamos a llegar nunca.

Kharl se ha portado bien, ésta es la verdad. Sigo desconfiando de él, pero, por el momento, no me ha dado pie para confirmar mis recelos.

Al cuarto día de marcha, siempre bordeando la selva, llegamos a una profunda ensenada, un brazo de mar que se adentra en la tierra casi un kilómetro. Su anchura máxima, en la desembocadura, es de unos cien metros. Hay muchas rocas y los bordes son escarpados. La selva llega hasta las rocas.

A la mitad, diviso una pequeña playa. Sobre ella veo un árbol derribado, cubierto de vegetación parasitaria.

—Ahí está nuestra nave —dice Kharl con orgullo.

—¿Ese tronco? —pregunto inquieto.

Es muy grande. Mide unos veinte metros de largo, por dos de grueso.

—Me costó años enteros prepararlo —declara Kharl—. Y otro, casi entero, cortarlo y hacerlo caer en este sitio. De lo contrario, mis planes se hubiesen ido al diablo.

—No entiendo —digo.

—Ven —agita la mano y le sigo.

Salimos a la playa. Kharl levanta parte de las plantas. Una exclamación se escapa de mis labios.

¡El tronco está hueco en una tercera parte!

Hay sitio para seis u ocho personas. Empiezo a comprender las intenciones de Kharl.

—Los aviones vigilan, es cierto —dice—. Pero, por el día, sólo verán un tronco cubierto de vegetación que se deja llevar por las corrientes marinas. Por la noche, utilizaremos tú paracaídas a modo de vela para ganar más terreno.

Le dirijo una mirada, atónito. Es una magnífica idea.

Kharl menea la cabeza.

—Se necesitan tener ganas de salir de aquí para estar año tras año ahuecando el tronco sin más herramienta que un cuchillo. Y vigilando el propio pellejo, además. Sin hablar de que tenía que hacerlo de modo que nadie se enterase de mis propósitos.

—Excepto yo. ¿Por qué? —deseo saber.

—Yo pongo el tronco y tú el paracaídas —sonríe—. Es lo justo, ¿no?

Empiezo a comprenderle mejor. La muerte de Nigg ya no me parece tan monstruosa.

Kharl adivina mis pensamientos.

—Es terrible tener que hablar así, Yon —declara—, pero, aunque Nigg no hubiese querido matarme, yo habría hecho igual. Por el paracaídas, compréndelo. Además, ¿qué hubiera hecho él con la tela? Cambiarla por unas tajadas de carne asada. Eso no le hubiera resuelto ningún problema y en cambio, a mí…

Desgraciadamente Kharl tiene razón. Es una simple cuestión de supervivencia. Y la culpa no la tiene él, sino quienes le enviaron a esta maldita isla, haciéndole retroceder a la prehistoria al convertirle en una fiera con inteligencia, pero también con el supremo instinto de vivir por encima de todo.

El hueco del tronco es grande y capaz. Además, Kharl ha sido lo suficientemente astuto para hacer que muchas de las plantas que lo recubren, estén vivas, quiero decir, alimentándose del propio tronco y de algunos trozos en los que ha puesto tierra para que introduzcan en ella sus raíces. De este modo, tardarán más en marchitarse cuando estemos en alta mar.

Pero existe un grave problema, no el de montar la vela, que quedará solucionado con cierta facilidad, sino el de la botadura del tronco, cuyo peso, no obstante la ligereza de la madera, estimo en algunas toneladas. Imposible moverlo a brazo hasta el mar, pese a

que la orilla dista menos de diez metros.

—Ahora estamos a media marea —dice—. No en balde llevo casi seis años en Neffries. Cuando llegue la pleamar, las olas alcanzarán casi la mitad del tronco. Dentro de una semana, se producirá la marea más alta anual y el tronco quedará a flote. Bastará entonces tender una amarra a la orilla para que no se lo lleve el reflujo, aunque dejándola de la suficiente longitud para que el tronco continúe flotando hasta la llegada de la noche, ¿comprendes?

Las palabras de Kharl me hacen concebir nuevas esperanzas de vida. Nos salvaremos, sí, pero…

Por la noche.

Tendido en el suelo, con las manos bajo la nuca, contemplo las estrellas. Pienso en Wianna. ¿Por qué no dio señales de vida durante el tiempo de mi arresto?

Su actitud me resulta incomprensible. Calculo que debí haberle advertido de mis intenciones de visitar la emisora de TV n.º 411… pero ahora ya es tarde para lamentaciones.

La semana siguiente.

Ha transcurrido con bastante rapidez, haciendo acopio de provisiones: pescado curado al sol y carne ahumada, además de algunos frutos de relativa duración, que consumiremos en los primeros días de la travesía.

El ingenio de Kharl es inagotable. Hace recipientes para agua con las vejigas de los animales cazados, convenientemente preparadas y limpias. Una vez atadas por la boca, se estiban en el hueco del tronco.

Son mil kilómetros, aproximadamente, los que hemos de recorrer hasta la costa más próxima. Estimo que con las rectificaciones de rumbo, debido a que durante el día habremos de dejamos llevar por las corrientes y el viento, ganaremos un promedio de cincuenta diarios. Esto supone veinte días de navegación. Por poca comida que tengamos, habiendo agua suficiente, lo soportaremos sin demasiadas privaciones.

Lo peor será la arribada. Tendremos que escondernos de la

policía… pero Kharl dice que no me apure, que él tiene buenos amigos que nos esconderán durante algún tiempo.

—Con barba y bigote, no te reconocería ni tu propio padre —ríe con gran estruendo, acariciándose la suya que le llega casi hasta el pecho.

30-IV-16 873.

Es la víspera de la partida. Mañana, según Kharl, se producirá la marea más alta del año. Ya tenemos todo listo.

Hoy hemos podido comprobar que el tronco casi flotaba. Creo que por sólo cuatro o cinco centímetros más de agua no se ha producido el hecho que tanto esperamos. En tal caso, habríamos partido de inmediato.

La tensión nos tiene en vilo. Nos cuesta bastante trabajo dormir. Hablamos y hablamos durante largo rato. Kharl acaba de confesarme que, si puede, se hará con una documentación falsa y embarcará en una astronave que le lleve lejos de este mundo.

—¿Adonde? —pregunto con indiferencia.

—A otro donde un hombre pueda sentirse de verdad libre —responde—. En el que yo digo no existen estos castigos medievales. Allí, con un par de años de encierro, duro, sí, pero con la seguridad absoluta de sobrevivir, hubiese pagado mi delito.

—¿Y dónde está ese maravilloso planeta? —inquiero.

—Calculo que a unos veintiocho años luz, Yon.

Me incorporo sobre un codo.

Kharl no recuerda —¿o no se lo he dicho?— que era profesor de Historia Estelar. ¿Cómo puede, pues, hablar de un planeta que está a veintiocho años luz, si en toda la historia de la astronáutica no hemos salido nosotros, nunca, *jamás*, a mayor distancia de *nueve* años luz?

Luego, cuando Kharl habla de un planeta situado a veintiocho años luz es que ha estado allí. Y como no se tienen noticias de que ningún nativo de este planeta haya entablado relaciones de ninguna clase con los de otro mundo situado a tal distancia, las palabras de Kharl significan sólo una cosa: no ha ido a aquel planeta; *ha venido* de él.

Es un *invasor*.

Y los amigos que me ha hablado, que nos proporcionarán escondite y protección, son también invasores.

Ahora bien, lo que me extraña es una cosa: ¿dónde está la nave que le llevará hasta allí?

¿Será una de las nuestras?

O quizá sea una de ésas que no se han podido identificar y que, de tanto en tanto —estoy seguro de ello—, desembarcan unos cuantos invasores a fin de que se vayan mezclando con la población y adaptándose a nuestros usos y costumbres, hasta conseguir dominarnos algún día.

Kharl cometió un error y por ello fue confinado en Neffries. Ahora, sus amigos le enviarán de vuelta a su planeta. Es un elemento que ya no les sirve; fichado y con antecedentes, podría poner en peligro todo el plan.

Pienso que sería interesante viajar con él y conocer su mundo. Así obtendría yo informaciones de primera mano para combatirles más adelante… con sus propias armas.

Callaré. No quiero darle a entender que he adivinado su identidad.

—Un buen pico de billones de kilómetros —comento, intrascendente.

1-V-
16 873.

Estamos en el hueco del tronco, ocultos bajo las hierbas. La marea asciende lenta, pero sensiblemente.

Los minutos transcurren. Empieza a notarse cierto movimiento en el tronco.

¡Flotamos!

El tronco se balancea ligeramente.

Kharl y yo nos miramos. La cuerda, hecha de lianas, que nos mantiene sujetos a tierra firme, se tensa.

Pasan las horas. Se inicia el reflujo.

Estamos ya en medio de la ensenada. La cuerda está muy tirante.

Se nota ya la fuerza del reflujo. El sol cae rápidamente hacia el ocaso.

—Corta —digo.

Kharl da un par de tajos a la cuerda. Quedamos libres.

La marea descendente nos saca al mar abierto con cierta rapidez. Al hacerse de noche, estamos ya a un par de kilómetros de la costa.

Entonces izamos el mástil y disponemos la vela. Sopla una ligera brisa que curva el tejido, lo abomba, lo distiende… La acción del viento sobre nuestra vela se deja sentir a poco.

Kharl monta la espadilla que nos servirá de timón. A los diez minutos, el tronco ha adquirido una velocidad que estimo en cinco o seis kilómetros a la hora. Antes de que amanezca, habremos cubierto entre cincuenta a setenta kilómetros.

Y en veinte días más, pisaremos de nuevo la tierra firme.

Entonces, ¡ay de los invasores!

CAPÍTULO XI

10-V-
16 873.

Es nuestro décimo día de navegación desde que escapamos de Neffries.

Kharl y yo calculamos que hemos ganado la mitad de la distancia. No es mucho, quinientos kilómetros, un trecho que el aeromóvil más lento puede recorrer con facilidad en treinta minutos. Pero debemos resignamos a avanzar al ritmo que nos permite el rudimentario medio de locomoción de que disponemos.

Por el día dormimos bajo la sombra de las hierbas, alguna de las cuales empiezan a agostarse. Durante la noche nos turnamos en el gobierno de la nave. Kharl dice que hubiera podido construir una doble de rápida, si hubiera estado solo en la isla y no hubiese temido que se la disputasen los otros condenados. Así, disimulándola bajo su forma actual, hemos podido escapar sin ser advertidos.

11-V-
16 873.

El tronco se mece suavemente sobre las olas. Tenemos suerte de que haga tan buen tiempo. Me pregunto qué habría ocurrido de habernos tropezado con alguna tempestad nada infrecuentes en estos parajes tropicales. Es preferible no pensar en ello.

Ni en Wianna.

De repente, cuando más dormidos estamos, un profundo silbido

nos despierta.

—¿Qué es eso? —pregunta Kharl.

Me siento en el fondo de la embarcación y aparto con cautela algunas de las hojas que nos sirven de protección. El silbido se acentúa.

—Mira —digo—. Un aeromóvil.

Una chispa de plata brilla en el cielo. Se mueve de manera vertiginosa.

Desciende. Pierde altura.

—¡Le siguen! —grita Kharl.

Otro aeromóvil aparece a lo lejos, en persecución del primero. Éste sigue descendiendo raudamente.

De súbito, el segundo empieza a disparar. Negras nubecillas se forman delante, detrás y a los costados del aeromóvil perseguido.

—¿Qué diablos pasará ahí?

La primera nave parece dirigirse en línea recta hacia nosotros.

—¡Condenación! ¡Nos van a freír! —exclama Kharl.

El aparato perseguido zigzaguea en el espacio.

Tiene que hacerlo, no sólo para dificultar la puntería de su perseguidor, sino porque, al haber perdido velocidad, las probabilidades de ser alcanzado son mucho mayores.

—¡Locos! —gritó—. ¿No ven que se van a hundir?

El aeromóvil perseguido está ya a cien metros escasos del mar y a quinientos de nosotros. Algunas granadas caen en el agua y levantan altísimas columnas de espuma.

Una de ellas explota a cincuenta metros de distancia. El tronco se agita con violencia. Rodamos por su fondo, perdido el equilibrio.

Como estalle otra granada tan cerca, daremos la vuelta.

El fuego cesa de pronto. Recobrado el equilibrio, Kharl y yo nos asomamos de nuevo.

Sentimos un enorme asombro. El aeromóvil perseguido se ha hundido.

—Han sido esos canallas —digo.

El aparato perseguidor evoluciona a poca altura. Una de sus pasadas la da a menos de cien metros de nosotros. Es evidente que trata de asegurarse de la destrucción del aeromóvil al que perseguía.

Sus evoluciones duran cosa de quince minutos. Al cabo de ese

tiempo, vira en redondo, gana altura y se aleja a toda velocidad.

Instantes después, ha desaparecido de nuestra vista.

—¡Uf! —dice Kharl.

Nos hemos salvado por milagro, es cierto, pero ello no me impide pensar en los desdichados que se han hundido a miles de metros de profundidad. ¿Por qué huían? ¿Qué delito habían cometido?

No hay respuesta.

Por la noche.

Como de costumbre, colocamos el mástil e izamos la vela. En ese momento, percibimos un burbujeo de las aguas a corta distancia del lugar en que nos hallamos.

—¡Eh, Kharl! ¡Mira!

El barbudo se me acerca y saca medio cuerpo fuera de la borda.

—¿Qué diablos…? —masculla entre dientes.

De repente, una masa metálica emerge fuera de las aguas. Siento que la mandíbula se me afloja.

Ahora comprendo el misterio de la desaparición del aeromóvil perseguido. Tiene dispositivo de inmersión submarina y se guareció en las profundidades de la capa líquida.

Pero ¿quiénes eran sus tripulantes?

Kharl lanza un profundo grito. Vuelve a repetirlo.

—¿Crees que conviene que nos vean? —le pregunto.

—Por supuesto —responde sin titubear. Y vuelve a gritar.

Parece que nos han oído… sí, ahí están. El aeromóvil, deslizándose suavemente sobre la superficie de las aguas, se acerca a nosotros.

No me cabe la menor duda. Es una nave tripulada por invasores. Pero, entonces, ¿quiénes les perseguían?

El aeromóvil se detiene junto al tronco. Se levanta la cúpula.

Veo varias siluetas de personas en la cabina.

Kharl les dirige una pregunta… ¡en un idioma por completo desconocido para mí!

Los otros le responden en el mismo lenguaje. Conozco la suficiente semántica para darme cuenta que no es un idioma de los muchos que se hablan en nuestro planeta.

Suena un grito de sorpresa. Es de una mujer.

Kharl me golpea en los hombros.

—Vamos, Yon —dice.

—Un momento.

Kharl se vuelve y me mira.

—¿Qué, tienes miedo?

—Hasta cierto punto —respondo—. Quiero saber quiénes son ésos y qué idioma habláis.

Kharl sonríe enigmáticamente.

—Si quisiéramos causarte algún daño, no estarías ya con vida —dice.

—Luego reconoces ser un invasor.

—¿Por qué no?

—Me gustaría conocer vuestros planes…

—¿Es que no te los imaginas? No será porque no hablaste de nosotros todo lo que te dio la gana, ¿verdad?

Miro a Kharl con desconfianza. Parece como si conociera muchas cosas que se refieren a mí.

En el aeromóvil suena la voz impaciente de la mujer. Kharl le da una respuesta rápida. Ella parece contenerse.

—Vamos —insiste Kharl.

La curiosidad me devora. Pero, al mismo tiempo, siento un extraño hormigueo en el cuerpo. ¿Qué ocurrirá al hallarme entre los invasores?

Pasamos al aeromóvil. La cúpula se cierra y se hace opaca. Entonces, alguien enciende una luz.

Contemplo a la mujer. Es de cierta edad ya —debe rondar los sesenta años—, pero todavía conserva rasgos de una pasada y esplendorosa belleza. Me mira con gran simpatía.

—Soy Lena —me dice.

Me presenta a sus compañeros, todos ellos sujetos con aspecto corriente, pero no de expresión estúpida.

Si son invasores, no hay duda de que se portan comedidamente.

Uno de ellos se sienta ante el puesto de pilotaje. La mujer me indica un asiento.

—¿De dónde venís? —pregunto.

—Ten calma —ruega con dulce acento—. Pronto lo sabrás todo.

—He nacido aquí y no consentiré que os apoderéis de este

planeta —digo hostilmente—. Aunque me cueste la vida, nunca olvidaré que soy un te…

—Por favor —dice Lena—, nadie quiere hacerte el menor daño. Todo lo contrario, sólo deseamos tu bien.

Uno de los invasores me da algo de comer. Acepto, tengo apetito y estoy cansado del monótono régimen de comidas del tronco. Mientras tanto, observo que Kharl habla muy animado con un sujeto llamado Ferd.

El avión ha despegado y vuela raudamente, con un rumbo desconocido. Lena se ha negado a contestar mis preguntas. Dice que es pronto todavía.

Después de cenar, se me facilitan ropas nuevas. El aeromóvil es grande y espacioso. Su cuarto de aseo es magnífico. Da gusto utilizarlo y quitarse la sal y la suciedad acumulada a lo largo de tantos días.

Cuando termino, afeitado y con ropas limpias, me siento otro hombre. Vuelvo a la cabina.

Lena duerme apaciblemente, reclinada en uno de los sillones. Kharl me dice que la imite.

Trato de dormir. Durante largo rato, los nervios me mantienen despierto. Al fin, el cuerpo puede más y me hundo en un sueño sedante y reparador.

Un segundo antes de dormirme, formulo la pregunta que, por ahora, no tiene respuesta: ¿Adónde vamos?

12-V-
16 873.

Kharl me toca en el hombro.

—Estamos llegando —dice.

Abro los ojos. Puedo apreciar fácilmente que el aparato desciende hacia el suelo.

Tomamos tierra en un paraje desierto, aunque con vegetación. No se ven rastros de personas o seres vivientes.

—Aquí debes bajar —dice Kharl.

—Pero no entiendo… ¿Es que pensáis abandonarme?

—No, hasta cierto punto —interviene Lena—. Baja. Volveremos a vernos, Yon.

—¿Qué haré yo mientras tanto? —Quiero saber.

—Pronto tendrás ocasión de enterarte de tu siguiente norma de conducta —responde ella.

Me apeo del aparato. Inmediatamente, cierran la cúpula y, de un salto, se lanza al aire, desapareciendo de mi vista en contados segundos.

Permanezco estupefacto en el mismo sitio durante algunos momentos. Empiezo a sospechar que los invasores se han portado tan bien conmigo, sólo por ganarse mi voluntad. ¿Cuántos habitantes de este planeta no estarán ahora a su lado?

Esto es algo con lo que yo no había contado. En tal caso, mi tarea será muchísimo más difícil.

Si no se hace imposible.

De repente, oigo una voz humana que pronuncia mi nombre.

Las piernas me tiemblan. ¿Será posible…?

Me vuelvo despacio. Apenas me es posible dar crédito a lo que ven mis ojos.

—¡Wianna!

CAPÍTULO XII

El mismo día.

Llego junto a la muchacha. Tomo sus manos con pasión, casi con fiebre.

—Wianna —repito. Es todo lo que sé decir.

Ella sonríe.

—Me alegro de volver a verte, Yon —dice.

—Pero… ¿no entiendo? ¿Qué haces tú aquí?

—Lena me avisó.

—¿Cómo? —Me paso una mano por la frente—. ¿Ella… una invasora?

—Bueno —sonríe Wianna—, es que tú has dado en la manía de llamar invasor a todo el mundo. ¿Por qué no mejor llamarla extranjera?

—¡Pero pertenece al grupo de los que quieren sojuzgar a los ter…!

—Es un poco difícil explicarte a qué grupo pertenece Lena. Pero ahora, vámonos de aquí; este sitio no es demasiado seguro para nosotros.

Tengo la cabeza convertida en un torbellino. Son demasiadas cosas las que requieren explicación y que no obtengo. Pero antes de que pueda objetar nada, ya Wianna ha girado sobre sus talones y roto la marcha.

La sigo y la alcanzo. Me emparejo a su lado.

—¿Dónde ha ido Lena?

—Tiene que hacer, no te preocupes.

—¿Y nosotros, adónde vamos?

—Eres un condenado, evadido de Neffries, ¿no lo recuerdas? Estás fuera de la ley, Yon.

—Y tú me ayudas a permanecer en tal situación, siendo un juez.

—Ya no lo soy. Dimití —responde Wianna.

—¿Por qué?

—No hubiera podido conservar mi independencia, compréndelo.

—Pero cuando me detuvieron, supongo que estarás enterada de todo lo que me ocurrió, no habías dimitido aún. Pudiste haberme ayudado…

Vuelve la cabeza para mirarme, evidentemente sorprendida.

—¿Y cómo, si no sabía nada de ti? Cuando pude tener noticias tuyas, ya estabas en Neffries. Hiciste muy mal en precipitarte a actuar por tu cuenta, Yon.

—Es posible —admito—. Pero, como recordarás, nuestro televisor seguía captando las señales que emitía aquel telefaro y que sólo aparecían en el canal correspondiente a determinada estación. Se me ocurrió investigar y me encontré allí con dos conocidos: Nowoa Lumy y Rakael Orten. La una, directora de la estación de TV; el segundo, encargado de la difusión de noticias. Luego si estableces la debida relación…

—Resulta que no sabes nada —me interrumpe ella con todo desparpajo—. ¡Ahí, ahí está!

Wianna se detiene un momento. Mientras charlábamos, hemos caminado a través de un bosquecillo, al otro lado del cual y al principio de una suave pendiente que desciende hasta la llanura, vemos un aeromóvil de pequeño tamaño.

Su cabina tiene el espacio justo para dos personas; es del tipo que se usa para desplazamientos relativamente cortos, que no requieren demasiado tiempo.

Wianna ocupa su puesto en la cabina. Me siento a su lado.

—¿Quieres manejarlo? —me indica.

—Por supuesto.

Cierro la cúpula y presiono el botón de arranque que pone el motor en funcionamiento. Luego presiono el mando de ascenso y el aparato se levanta de un salto.

Consulto el indicador automático de posición en el planeta, que nos señala en el acto cuál es nuestra situación. Por él me entero que estamos a unos doscientos cincuenta kilómetros de la ciudad.

—¿Vamos a algún punto determinado? —pregunto, haciendo que el aeromóvil adquiera mayor velocidad por segundos.

—Sí. A tu casa —responde ella.

Treinta minutos más tarde.

Después de los días pasados en Neffries, donde creí quedar toda la vida, hallarme de nuevo en mi casa, me produce una sensación indefinible. Claro que no debo olvidar que soy un fugitivo y que, en cualquier momento, puedo ser devuelto a esa maldita isla. Pero es muy probable que nadie venga a buscarme a esta casa.

Wianna dice que quiere asearse un poco y se va al baño. Lleno una copa de vino y la despacho de un golpe. Después de estos días de forzada abstinencia, me sabe a gloria.

Preparo otro vaso. Bebo la mitad y, entonces, suena el timbre de llamada.

Vuelvo la cabeza. ¿Quién diablos será?

Dudo un instante. Al fin, me decido a abrir.

Un hombre aparece ante mi vista. No le conozco.

—¿Es usted Yon Kittum? —pregunta.

—Sí, señor…

El sujeto no me da tiempo a hablar. Se desabrocha la parte delantera de su blusa, mete la mano en su interior y la saca armada con una pistola neurónica.

El pánico me hace obrar con inusitada rapidez. Si ese tipo dispara y su proyectil me alcanza, mi sistema nervioso quedará disgregado instantáneamente y yo habré fallecido momentos después, tras una horrible agonía. Levanto el pie con increíble rapidez, que a mí mismo me asombra, y golpeo su muñeca.

La pistola salta por los aires. El asesino, sorprendido, vacila un instante.

Entonces, sin darle tiempo a reaccionar, salto sobre él. Con la mano izquierda, le agarro por el cuello de la blusa y tiro de él hacia dentro.

El hombre deja escapar un gruñido de rabia. Quiere defenderse.

Golpeo su estómago un par de veces. Se encorva, maldiciendo de dolor. Antes de que se recupere, le golpeo con el puño cerrado en la nuca. Cae al suelo fulminado.

Cierro la puerta de un salto y me apodero de la pistola neurónica. En el mismo momento, Wianna sale del baño.

—¡Yon! ¿Qué es eso? —pregunta, muy sorprendida.

—A mí también me gustaría saberlo —replico—. Llamó a la puerta, fui a abrir y cuando me vio frente a él, trató de matarme con esto —le enseño la pistola—. Por suerte, me moví con mayor rapidez que él y conseguí inutilizarle.

—Regístralo —ordena Wianna.

Me arrodillo a su lado y examino sus bolsillos con toda minuciosidad. Sólo encuentro una tarjeta de identidad a nombre de Peer Hayt y un fajo de billetes que suman en total diez mil sueldos.

—Es un asesino profesional —deduzco.

—Sí —conviene Wianna con una profunda arruga en la frente.

—Pero ¿cómo ha podido saber tan pronto que estábamos en casa? —pregunto, extrañado y desconcertado.

—Posiblemente, se lo suponía. Y quizá no sea la primera vez que haya venido a ver si estabas. Lo que pasa es que, si estuvo en anteriores ocasiones, no contestaste a sus llamadas. Hoy sí… y si no te hubieses movido con rapidez, ahora estarías muerto.

—Entiendo —digo—. Trae un poco de agua, ¿quieres?

Wianna asiente. Arrojamos una jarra de agua sobre la cara de Hayt. Éste se mueve, gruñe, rezonga, pero acaba por despertarse y sentarse en el suelo, totalmente asombrado de verse en aquella situación.

Me pongo en cuclillas frente a él y le apunto con la pistola.

—No voy a andar con rodeos ni perderé el tiempo haciéndote más de una pregunta. La contestarás en el acto —le digo—, como si un viandante cualquiera te preguntase la hora y tú le informases amablemente. En el momento que me digas que no quieres responder o que no sabes nada, dispararé sin vacilar. Para no saber nada —concluyo—, mejor estás muerto, ¿comprendes? ¿Quién te ha enviado a matarme?

Gruesas gotas de sudor resbalan por la frente de Peer Hayt.

—Un tipo llamado Rakael Orten. Me dijo que viniese de cuando en cuando a ver si estaba usted en casa y que, en el momento en que le hallase, debía asesinarlo.

—Por cuya labor te abonó por anticipado la cantidad de diez mil sueldos, ¿no es eso?

Hayt asiente. Entonces le doy una orden:

—Ponte en pie.

El rufián obedece. A punta de pistola, le sitúo frente al fonovisor.

—Llama a Orten y dile que has cumplido la misión a plena satisfacción. No intentes engañarme, no le pongas sobreaviso, no le digas nada extraño que pueda hacerle concebir sospechas —le advierto—. Será lo último que hagas en tu vida.

Hayt está perplejo. Él, un asesino profesional, ha sido derrotado por su víctima. Vacila unos instantes, pero acaba por obedecer.

Mientras habla con Orten, Wianna y yo procuramos salirnos del campo de acción del objetivo, a fin de no ser vistos por el miserable. Cuando termina de hablar y cierra la comunicación, le doy un tremendo golpe en la nuca con el cañón del arma.

Hayt se desploma como un fardo. Pongo el seguro al arma y la guardo en el interior de la blusa. Camino hacia la puerta.

Wianna corre y se me adelanta.

—¿Adónde vas? —pregunta.

La miro con expresión dura.

—Orten es un invasor. Voy a liquidarlo, para que los demás sepan que, cuando se trata de mi país, no reparo en emplear cualquier procedimiento.

Abro la puerta y salgo.

Wianna vacila, pero termina por unirse a mí.

Una hora después.

Orten no estaba en la emisora de TV. Tampoco Nowoa Lumy.

Por la noche.

Hemos conseguido averiguar los domicilios respectivos de la pareja. Los hemos visitado.

Orten y la señora Lumy han desaparecido. No se encuentran por ninguna parte.

Regresamos a casa, decepcionado en lo que a mí se refiere.

Hayt ha escapado. Es lo natural y, una vez libre de él, tampoco me interesaba conservarle prisionero, puesto que, siendo yo un

evadido, no podía entregarle a la justicia. En cierto modo, me ha hecho un favor largándose.

Me siento cansado, y hambriento. Wianna prepara la cena. Pongo la televisión mientras tanto, pero en el canal 411.

No ocurre nada de particular. Querría dormir; sin embargo, tengo la paciencia suficiente para esperar a que termine la emisión.

Dejo el aparato conectado. Es una débil esperanza, pero no por ello debo abandonar la partida tan pronto.

La pantalla permanece iluminada y en silencio durante treinta minutos. Al fin, cuando ya me disponía a apagar el aparato, veo aparecer la imagen de Nowoa Lumy en la pantalla durante unos pocos segundos.

—Rakael —dice—, te espero en cincuenta catorce, setenta y siete.

No habla más. La imagen se esfuma en el acto y la comunicación se corta.

Wianna y yo nos miramos.

—Has tenido una buena idea —dice.

—¿Qué quiere decir eso de cincuenta catorce, setenta y siete? —pregunto.

Wianna se muerde el labio inferior.

—Evidentemente, es la clave con la cual designan un lugar conocido de antemano —murmura la chica—. Pero ¿cuál es y dónde está?

Reflexiono durante unos momentos. De pronto, me levanto y busco en mi filmoteca un plano de la ciudad.

Coloco el rollo en el proyector y lo conecto con la pantalla de televisión, en el canal dedicado especialmente a la lectura de libros y documentos. La imagen de las distintas zonas de la ciudad va apareciendo ante nuestros ojos.

De pronto, el número de una calle aparece en la pantalla. Es la calle 5014.

Luego la cifra setenta y siete corresponde a la casa donde se halla Nowoa en aquellos instantes.

Manejo el control de aumento poco a poco. Esta clase de planos urbanos tiene de bueno que se puede conocer perfectamente el lugar que se pretende visitar, sin moverse de casa. Al cabo, llega un momento que la casa número 77 de la calle 5014 se nos aparece

como si estuviésemos contemplándola desde un aeromóvil, a veinticinco o treinta metros de altura.

Es un edificio de una sola planta, rodeado por un pequeño jardín, enmarcado por una valla de un metro escaso de altura. La calle 5014 es una de las últimas del lado S. O. de la ciudad, y en ella, la aglomeración de construcciones no existe prácticamente. La casa más cercana está a ciento cincuenta o doscientos metros. Puede decirse que es un lugar aislado.

Y allí es donde voy a dirigirme yo, este mismo día… perdón, no; al día siguiente ya, porque son las tres y media de la madrugada.

El cansancio se me ha esfumado como por encanto. Wianna se agrega a mí, naturalmente. Y creo que me habría sentido defraudado si ella se hubiese quedado en casa.

CAPÍTULO XIII

13-V-
16 873.

Antes de tomar tierra, hago evolucionar el aeromóvil unos minutos por encima de la casa donde se esconden los que, en mi opinión, son cabeza visible de la invasión: Nowoa Lumy y Rakael Orten.

La oscuridad es casi completa en aquel sector, pero, con ayuda del visor de infrarrojos, podemos distinguir la casa con toda claridad. Por el momento, no se ve a nadie. Estarán en su interior, discutiendo el próximo plan de ataque.

Al fin, hago descender el aparato y salimos de la cabina. Camino, y Wianna lo hace a mi lado. Franqueamos la valla fácilmente.

Llegamos a la puerta. Está cerrada.

Es una lástima que mi pistola sólo pueda ser utilizada contra organismos vivos; hay otra clase de armas análogas, pero contra objetos inanimados que, por vibración rompen la cohesión molecular de los cuerpos, convirtiéndolos literalmente en polvo. Al parecer, Hayt era un sádico, que quería disfrutar viéndome agonizar de la manera más horrible que uno se pueda imaginar.

Miro a Wianna en la oscuridad. Ella me agarra la mano y tira de mí, hasta una de las ventanas más próximas, situada a un metro sobre el suelo del jardín.

La ventana está herméticamente cerrada Se comprende si se piensa en el acondicionamiento climático interior de la casa. Lo mismo ocurre con todas las demás. No es posible forzarlas sin hacer un ruido que delataría nuestra presencia y no sólo a los habitantes

del edificio, sino también a los vecinos.

Regresamos a la puerta. Pienso llamar y arremeter contra los invasores pistola en mano. Entonces, Wianna apoya su mano en uno de los batientes y lo empuja.

—Está abierta —susurra.

Cruzo el umbral, recelando alguna trampa. Miro a derecha e izquierda. Tanteo la pared y busco el interruptor de la luz. Enciendo y las tinieblas se disipan.

El vestíbulo aparece vacío. ¿Se habrán ido?

Pasamos a un salón de buen tamaño, amueblado con cierta elegancia y sin excesivos muebles. El que más destaca de todos es un armario metálico de dos metros de altura por uno de grueso, situado junto a uno de los muros.

Abro una de las puertas. Contemplo la serie de aparatos y controles que se ven allí.

—Es una emisora —dice Wianna.

—Sí. Se comprende que Nowoa llamase a Orten. Seguramente, utilizan el mismo canal que la 411, pero a horas distintas de emisión, cuando el público no pueda captar las suyas particulares.

—Eso mismo —dice una voz a espaldas nuestras.

Nos volvemos en el acto. Nowoa Lumy, diabólicamente hermosa, está frente a nosotros, sonriendo de una manera enigmática.

Doy un paso hacia delante. Pero no tengo tiempo de hablar, ni mucho menos, de actuar.

Antes de que pueda hacer nada, una lluvia de frío desciende del techo sobre mí, paralizándome en cuestión de segundos. Pierdo el conocimiento durante algún tiempo.

Más tarde.

Abro los ojos. El frío continúa, aunque puedo soportarlo.

Pero me es imposible moverme. Quiero hacerlo y no tengo fuerzas, excepto para respirar… con grandísima lentitud. Debo hacer sólo un par de inspiraciones al minuto, contra las dieciséis o dieciocho normales.

Wianna está frente a mí. Si en estos momentos mi organismo se hallase en condiciones normales, mi frente se cubriría de lo que, ordinaria y consabidamente, se dice un sudor frío.

Pero no se puede sudar cuando estamos metidos dentro de sendos bloques de hielo que nos impiden el menor movimiento.

Así, como suena. Wianna se halla a dos pasos de mí, aprisionada en un bloque de hielo de dos metros de altura por metro y medio de grueso. Imagino que mi cárcel debe tener el mismo o aproximado tamaño.

Hemos caído en una trampa. La sonrisa de Nowoa así lo indica.

Orten está a su lado. También sonríe. El frío que siento no es solamente físico.

Somos sus dos más peligrosos competidores. Debemos ser eliminados. Pero ¿por qué de esta forma?

Orten se mueve. Tiene en las manos unos objetos, dos, parecidos a sendas ventosas de goma, que aplica a los dos bloques. Cada ventosa está unida a un cable. Los dos cables se juntan en uno solo, terminado en un micrófono que Nowoa sostiene en la mano. Un tercer cable, en fin, parte del micrófono y termina en la pared, supongo que conectado a un altavoz por el cual, como veremos a poco, escucharán nuestras respuestas.

Puedo mover los labios, aunque con gran dificultad.

—¿Qué quieren hacer con nosotros? —pregunto.

—Eliminarles —es la tajante respuesta de Nowoa.

—Se comprende que no quieran tener tras sí unos peligrosos enemigos, ¿eh?

Nowoa vuelve a sonreír.

—Usted pudo haberse puesto de nuestra parte, señor Kittum.

—Jamás pactaré con un invasor de mi planeta. —Respondo con energía.

—Por eso, pues, le vamos a matar… Y a la ex juez Wianna Zolder, también —declara Orten fríamente.

—Un día u otro serán descubiertos —interviene Wianna.

—Tal vez nos descubramos nosotros mismos —sonríe Nowoa.

Comprendo el significado de sus palabras. Se descubrirán cuando ya sea tarde para los habitantes de este planeta.

Tendrán el poder en sus manos y nos dominarán todos. Implantarán sus leyes y establecerán un reinado del terror… esta clase de gobiernos no pueden regir a un planeta si no es por medio de una obediencia absoluta e incondicional y una serie de castigos terribles para quienes se desvíen de la línea marcada.

Continuarán viniendo naves extrañas y aterrizando en lugares desiertos, desde donde sus ocupantes se esparcirán por las ciudades del planeta. Con lenta astucia, con diabólica insidiosidad, irán apoderándose de los puestos más importantes, hasta que, al fin, consigan sus horribles propósitos.

Pero ¿y Kharl? ¿Dónde está? ¿Y Lena?

—Usted pereció al intentar evadirse de Neffries —dice Nowoa—. La ex juez Wianna Zolder quiso ayudarle, pero murió también.

—No lo entiendo —digo.

—Lo comprenderá más tarde —responde Nowoa. Y agita una mano un instante.

El frío se intensifica. Wianna y yo perdemos el conocimiento.

15-V-
16 873.

El frío se ha atenuado un poco. Esto nos permite recobrar el conocimiento.

Wianna y yo nos hallamos en la bodega de un aeromóvil de gran capacidad. A través de una de las ventanillas, vemos que las estrellas desfilan con gran rapidez.

Nos han tenido el resto de la noche de ayer y todo el día en la casa, hasta el momento de la partida. Eso lo deduzco por la posición de las estrellas, ya que, entre cargarnos en el aparato y partir hacia el lugar donde piensan dejarnos morir ahogados, tendría que haberse hecho de día, dada la hora en que llegamos a la casa n.º 77 de la calle 5014.

Empiezo a comprender sus intenciones. El truco del hielo, es preciso confesarlo, está magistralmente ideado. Es posible que todavía podamos vivir algunas horas, pero acabaremos por sucumbir.

El aeromóvil refrena su marcha. Desciende verticalmente.

De pronto, el suelo se abre. Los dos bloques de hielo se precipitan en el vacío.

Caemos. La caída, sin embargo, no es muy grande. A los pocos metros, chocamos con el agua.

Nos hundimos un poco. El hielo emerge. Ahora estamos —supongo que Wianna estará también— en posición horizontal.

Los mares tropicales son cálidos. El hielo se fundirá con cierta rapidez. Sin nada a que asirnos, Wianna y yo acabaremos por sucumbir, agotados. Y si un día encuentran nuestros restos, la explicación surgirá al instante.

Es un plan satánico, pero seguro.

Sin embargo…, ¿no harán nada Kharl y Lena en nuestro favor?

Hay un obstáculo para ello: no saben dónde estamos.

El hielo empieza a fundirse.

CAPÍTULO XIV

Treinta minutos después.

Los últimos fragmentos de hielo se han convertido en agua. El contacto con el líquido, por contraste, me ha dado la sensación de ser la carne que proporciona el caldo; quiero decir que me parece estar dentro de una olla repleta de agua hirviendo.

Llamo a la joven.

—¡Wianna!

—Aquí, Yon —responde ella con voz un tanto ahogada.

Nado en su dirección. La silueta de su cabeza se aparece a poco.

Agarro su mano.

—¿Cómo te sientes?

—Bien…, pero sólo hasta cierto punto —contesta, dirigiéndome una sonrisa animadora.

—Han sabido hacerlo bien —comento, moviéndome lo justo para no sumergirme.

Muy a lo lejos, diviso una débil línea de claridad. Pronto será de día.

—Yon —dice Wianna.

—Di, querida.

—No quiero hacerte ahora ningún reproche; no es el momento… Vamos a morir.

—Me porté como un estúpido —declaro.

—Hacías bien, Yon. Escucha, antes de que esto se acabe, quiero decirte…

—¡No digas nada ahora! —La interrumpo.

—¿Qué pasa? —Wianna ha captado en mi voz una nota distinta.

—Estoy viendo tierra.

—¡Cómo! ¿Será posible?

Vuelve la cabeza. La línea recta del horizonte se rompe bruscamente por una elevación que corta su continuidad.

—Yon, no es tierra —dice ella—. Es algo que se mueve… ¿no ves cómo sube y baja?

Wianna tiene razón. Esa eminencia que yo había distinguido oscila con el oleaje.

—Vamos —grito—. Nada, Wianna.

Nadamos. La luz crece.

A poco, diviso claramente los menores detalles del objeto que se balancea en el océano. Si hubiese estado de pie, en terreno sólido, me habría caído de espaldas.

¡Es el tronco en que nos evadimos Kharl y yo!

¿Cómo ha llegado hasta allí?

¿Qué importa en estos momentos? Representa nuestra tabla de salvación.

Nos izamos a bordo; yo, primero, Wianna, a continuación, ayudada por mí.

Se nos hace difícil creer en nuestra buena suerte.

Creyendo ahogarnos, Nowoa y Orten nos ha hecho un gran favor.

Todavía hay agua. Tomamos unos sorbos.

Las corrientes han llevado el tronco de un lado para otro, es indudable. Pero no nos interesa la causa por la que el tronco esté aquí, sino su efecto: nuestra salvación.

—Escóndete bajo los ramajes —indico—. No conviene que nos vean durante el día.

—¿Qué haremos ahora? —pregunta Wianna.

—Esperar a que se haga de noche. Entonces, izaremos la vela y emprenderemos la navegación.

—Ellos se han quitado la máscara, por fin —dice Wianna pensativa.

—¿Qué sabes de este asunto?

—Todo. Es decir, casi todo.

—¿Son invasores?

—Sí. Pero no todos los invasores son como ellos.

Me sobresalto.

—¿Qué quieres decir?

—Ya te dije en cierta ocasión que estaba encargada de una investigación semioficial.

—Sí, lo recuerdo.

—Averigüé bastantes cosas. Hay muchos extranjeros entre nosotros. La inmensa mayoría pertenecen al bando de las buenas personas.

—Pero… —pregunto atónito—, ¿por qué no se han hecho visibles antes?

—No están seguros de nuestra reacción. Además, algunos de ellos, caso Nowoa y Orten, son ambiciosos. Han montado su propia organización, no precisamente para dominarnos en un estricto sentido de la palabra, sino para alcanzar puestos preeminentes. Quizás un día, muy lejano… si no se hubiese intervenido a tiempo; pero, en el peor de los casos, ellos no lo hubieran conocido. No, sólo aspiran a conseguir un dominio más local, digamos.

—Gobernador de una ciudad o de una provincia —apunto.

—Más o menos. Ya tenían una estación de TV, como sabes. El dominio estricto del planeta, en su total sentido político, no les interesa tanto como ocupar puestos en los negocios, las finanzas, etcétera… Me refiero, naturalmente, a los extranjeros del tipo de Nowoa y de Orten. Los otros, que los hay, y más de los que se cree, pero menos de los que podría suponerse, sólo ambicionan mezclarse con nosotros y vivir tranquila y pacíficamente, como los demás habitantes de este planeta. Además, recelaban de nosotros, y es lógico; ya conoces nuestra natural xenofobia, de la que tú eres uno de sus más caracterizados representantes. Cuando estén seguros de que su presencia será bien acogida, entonces…

Un agudo silbido interrumpe a Wianna.

Levantamos la vista. Un avión vuela raudamente, perseguido por otro que le dispara sin cesar.

El primero desciende. De pronto, a unos cien metros de altura, recibe un impacto directo y se deshace en mil pedazos, casi encima de nosotros.

Dos cuerpos salen despedidos. Caen al agua.

Uno de los cadáveres emerge a poco cerca del tronco. Vemos con claridad el desfigurado rostro de Rakael Orten. Se balancea un poco sobre las olas y luego, lentamente, se hunde para siempre.

Nowoa Lumy le ha precedido en el viaje a las profundidades oceánicas.

El otro aeromóvil amara cerca de nosotros. Se abre la cúpula.

Veo a varias personas, algunas de ellas conocidas. Mi padre, Lena…

También está Kharl, aunque sin barba ni melenas. Sonríe mientras hace que el aparato se acerque al tronco.

—La fuerza invasora ha sido decapitada —anuncia muy ufano—. Tenemos, además, las listas de sus seguidores y no nos será difícil inutilizarlos. Entonces, los deportaremos a su mundo de origen.

Pasamos a bordo del aeromóvil. Mi padre me aprieta la mano con fuerza.

—Yon, tu madre —dice, señalando a Lena.

La miró atónito. Sus bellos ojos están llenos de lágrimas.

—Pero… —Mi desconcierto es enorme; no acierto a reaccionar. Vuelvo los ojos hacia mi padre—. Tú me dijiste que había muerto.

—Te lo di a entender, que no es lo mismo. Eras muy pequeño y no podías comprender, entonces, ciertas cosas.

—Tengo treinta y cinco años y sigo sin comprenderlas —rezongo.

—Cuando vine aquí —dice mi madre—, conocí a tu padre y me casé con él. Tuve que volver a mi planeta para informar, pero allí estimaron que no debía volver. He tenido que trabajar mucho para conseguirlo.

La miro estupefacto. De modo que yo soy…

Mi padre sonríe.

—Eres un medio invasor —dice.

Me siento, aturdido. Las piernas se niegan a sostenerme. ¡Yo, hijo de una mujer extranjera!

Wianna se me acerca y toma una de mis manos.

—Tú lo sabías —digo en tono acusador.

—Sí —responde.

—¿Por qué no hablaste?

—No era el momento. Te necesitábamos… digamos como cebo para desenmascarar a la banda de esos dos miserables. Mientras tanto, podíamos actuar con más desenvoltura.

—¿Y tú, qué papel pintabas en todo esto? —pregunto a Kharl.

—Algunos de los confinados en Neffries eran amigos de esa

pareja. Mi misión era descubrirlos.

—Y eliminarlos —digo, recordando a Nigg.

—En el caso que viste, sí, porque él te hubiera asesinado a ti. Los otros están marcados y ya no podrán hacer daño. Neffries será suprimido como presidio y sus habitantes trasladados a otros lugares más adecuados. Los invasores mezclados con ellos, y que tenían la misión de persuadirnos para un levantamiento armado, si fuese necesario, serán deportados a su planeta, con los otros sediciosos.

Vuelvo los ojos a mi padre.

—Y la nave, ¿quién se la llevó?

—El gobierno, para estudiarla. Pero teníamos enterrado un telefaro que funcionaba constantemente, marcándonos la posición donde debían aterrizar nuestras naves, que es el que destruyeron cuando vosotros estabais allí.

—¿Entonces…?

—Los ánimos se predisponen, gradual y favorablemente, al intercambio. Pronto no habrá hostilidad alguna contra los extranjeros, sobre todo, cuando se conozcan sus buenas intenciones; y los viajes y la estancia aquí se harán con toda libertad, así como al mundo de donde vino tu madre.

—Y que tú y yo conoceremos en nuestro viaje de luna de miel —dice Wianna.

—Total, que he hecho el ridículo —digo, enojado.

—No —contradice Kharl—, porque tus acciones han obrado a modo de revulsivo en el gobierno, inclinándole a tomar partido en un sentido u otro, claro que favorable, a la vista de los acontecimientos. De lo contrario, esto habría tardado mucho más y el establecimiento de relaciones entre ambos planetas se habría realizado con mayores dificultades.

Kharl tiene razón. Mi enojo se va disipando. A fin de cuentas, siendo humano, ¿qué importa el lugar de nacimiento, ni la raza ni el color de la piel? La mía es de un tostado débil; la de mi padre tiene un intenso color cobrizo. La de Wianna es casi clara; mi madre tiene la epidermis de un blanco total…

Pertenecemos a la raza humana. Es lo importante, lo demás, es accesorio.

21-VI-
16 873.

Wianna y yo emprendemos viaje hacia el planeta donde nació mi madre. Es curioso; los nombres de ambos mundos son muy parecidos. Tierha el mío.

Tierra el de mi madre. Yo soy un terhanita por nacimiento, pero terrestre por la sangre.

Quizá nuestro primer hijo nazca en Tierra. Otros hijos de terrestres se casarán con terhanitas y sus hijos nacerán en Tierha. Pasarán los siglos y las civilizaciones se fundirán en una sola, porque todas provendrán de la misma raza: la humana.

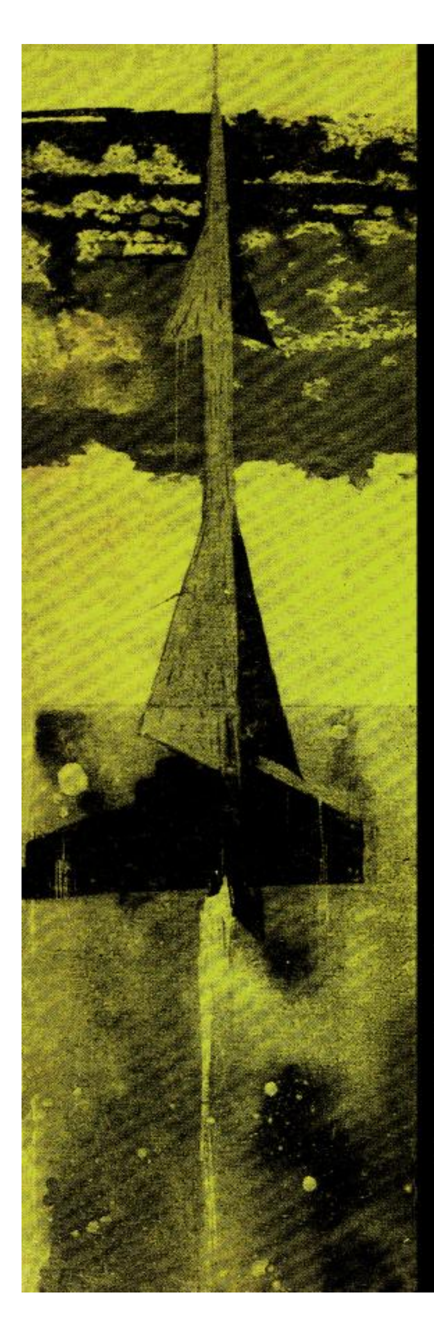
Me llevo este diario. Quiero que lo lean los terrestres y sepan que en Tierha serán siempre bien acogidos.

Confío en que encontraré un buen traductor.



Nota Final

Clark Carrados tradujo este diario al idioma terrestre y lo terminó el día 15 de febrero de 1965, tiempo de la Tierra, año
16 874
según el cómputo terhanita.



Eran seres raros y extraños porque se convirtieron en

LOCOS DEL ESPACIO

Próximo número.

Autor:
KENT WILSON

Precio: 8 ptas.



LUIS
GARCÍA
LECHA.
Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.